AMADO NERVO Y LA CRITICA LITER-
ARIA

GULLERMO JIMÉNEZ


LUX
LIBERTAS



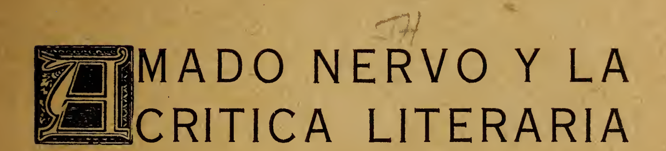
AMADO NERVO Y LA CRÍTICA LITERARIA

ANDRÉS BOTAS. e. hijo.

MEXICO.

AMADO NERVO Y LA CRITICA LITERARIA

Imprenta Franco-Mexicana, S. A.—1a. Academia, 10.—México, D. F.



AMADO NERVO Y LA CRITICA LITERARIA

PROSA INICIAL DE GUILLERMO JIMENEZ

NOTICIA BIOGRAFICA

DE J. M. GONZALEZ DE MENDOZA

MEXICO

ANDRES BOTAS E HIJO

EDITORES

1A. BOLIVAR No. 9.



Prosa Inicial

Quisiera que estas líneas tuvieran el raro prestigio de una flor de lis, bordada con estambres de oro sobre el peto de raso inmaculado de un trovero. medioeval; que tuviera el egregio abandono de un puñado de orquídeas que tiemblan aprisionadas en un largo jarro de cristal cortado, y el encanto de unos guantes de seda que saben del alabastro y del nácar de principescas manos femeninas, y que sirvieran de señal en un libro exquisito: "El Retrato de Dorian Gray"...

Y por eso escribo esta prosa en plena reverberación de sol, cuando las opulentas rosas de los jardines se embriagan de luz; cuando las golondrinas atraviesan el azul, cual raudas saetas sonámbulas y

mientras en la gran avenida las bellas mujeres se quedan pensativas frente a los escaparates de los joyeros, copiando en sus pupilas anhelantes las mágicas aguas de un topacio o el oriente hechicero de una perla lunática.

Escribo estas líneas con el gozo inefable con que escribiera sobre un papel blasonado, el nombre verde de una mujer lejana, porque así como Arthur Rimbaud encontró los colores a las letras, para mí, Carmen es rojo como la llama de un granate y María es dueña del blanco absoluto de una camelia estupenda.

Y al mismo tiempo, ambiciono que estos renglones tuvieran la aristocrática simplicidad del kalograma dibujado por Roberto Montenegro, y que en una sortija de platino, esmaltada en azul, lució ese eminente bardo católico que se llamó Amado Nervo.

Decíamos...

En julio del año último, cuando la

naturaleza ofrenda toda la gama de sus coloraciones, cuando las hortensias magníficas se estremecen bajo los hilos de la lluvia, llegó a esta México, después de muchos años de ausencia, el querido Amado.

Tenía impoluto y enhiesto su penacho como el de Cyrano, y en las alforjas de peregrinante atesoraba un enjambre de prosas lustrales, dulces como la miel de los panales bíblicos y maravillosas como las manzanas doradas de los jardines de las Hespérides.

He nombrado "Plenitud", que es un breviario de consolación, que es una fuente prodigiosa que vierte sus aguas misericordiosas sobre los espíritus agobiados por la pena.

"Plenitud", esa era toda la riqueza del poeta.

Una tarde serena en que había un cielo de cobalto, diáfano y brillante como los cielos pintados por esos hieráticos pai-

sajistas nipones Seshiú y Buntcho Tani, que José Juan Tablada, adorador perfecto del arte orientalista, nos dió a conocer en la sugestiva monografía que escribió místicamente, devotamente, sobre el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna: Ichiriusai Hiroshigué; una tarde propicia para recitar una lírica y solemne oración por el alma del Rey Luis Segundo de Baviera; me encontré en una avenida de esta noble ciudad, al glorioso "Embajador de la Poesía".

Caminaba lentamente, vestía un terno gris y un sombrero verde. Cuando me vió me tomó del brazo, diciéndome:

—Acompáñeme, voy a Palacio, me dió cita el Señor Presidente; voy muy inquieto, no sé a dónde me mandará; unos periódicos dicen que a París y otros que a la Argentina, ¡qué sé yo! ni qué sabe nadie a dónde va la vida, esta vida tan llena de complicaciones... Aquí me siento feliz, estos aires, estas montañas... Yo en mi país soy un desconocido, a pesar de que todo el mundo me nombra.

Continuamos andando, andando, y el poeta seguía su charla gallardamente, con ademanes sobrios, diplomáticos; me contó de sus viajes, de sus libros, de sus amores...

¡Oh, Ana! lilial "amada inmóvil", tu alma ha de haber sido armoniosa como una sonata apasionada, sutil como un rico perfume que se encontrara en el cofre dorado de una princesa legendaria y embrujador como una historia que brotara de los labios sangrantes de la milagrosa Schaharazada.

Esa tarde, el Primer Magistrado no pudo recibir al poeta; cuando regresamos de Palacio, el sol volcaba su hirviente pedrería y decoraba el confín con brocados rutilantes.

Luego, el oro de una estrella pensativa.

Anécdotas?

Oíd lo que escribe sobre él ilustre Jean Moreas, en ese libro alucinante: "El Exodo y las Flores del Camino".

MOREAS

Papadiamantópulos (Jean Moreas) saboreaba no sé qué menjurge en no sé qué Café del bulevar, cuando Gómez Carrillo fué a decirle:

—Ahí en Calisaya, (Calisaya es una cantina americana del boulevard des Italiens) está un poeta que ha venido de México con el sólo objeto de conocer a usted.

Moreas se levantó inmediatamente y, con ese andar elástico y ese aspecto de Fierabrás que le caracterizan, dirigióse acompañado de Gómez Carrillo, a Calisaya.

Ahí, en un rincón sombroso y discreto, estaba con Darío y una actriz del Grand Guignol, Lola Noyr, amiga de Carrillo, el poeta que había ido a París, desde México, sólo *por conocer al griego.*

Ese poeta era un servidor de ustedes...

—¿Dónde está el poeta que ha venido de América a conocerme? preguntó Moreas con voz estentórea.

Carrillo me señaló y yo me levanté respetuosamente, con el sombrero en la siniestra y la diestra extendida hacia la suya.

Papadiamantópulos la estrechó con un shakehand franco y efusivo y ya generalizada la conversación, pude observarle a mis anchas.

Su fisonomía es en extremo simpática; su color bazo, aguileño el rostro, iluminado por grandes ojos expresivos, al cual da aire militar el mostacho espeso, retorcido y firme; hace pensar en un soldado turco, o en un sultán persa.

Un monóculo orlado de negro y atado a una ancha cinta de seda y cierta indumentaria tirando a elegante, aunque rebuscada una miajita; otro sí en las manos sendos guantecillos color de rata, subrayaban aquella figura varonil y refinada a un tiempo mismo.

Aquel día Papa... etcétera y yo, no nos separamos. Aquella noche tampoco, pues que Moreas nos invitó a comer a Carrillo,

a Darío y a mí, y después fuimos a recorrer las endiabladas calles de Montmartre hasta muy avanzada la hora. Yo daba el brazo a Moreas que me llenaba de afecto. (Es claro! Un poeta que había cruzado el océano sólo por verle!) y más ancho que una col, me decía:

—Del brazo con Jean Moreas! Vas del brazo con Jean Moreas! Quién te lo había de decir, hombre! Quién había de decirte cuando jugabas a la gallina y el coyote en las herbosos calles de tu pueblo, que un día—mejor dicho, una noche— habías de ir por París de Francia del brazo de Jean Moreas, el autor del Pelerin Passionné....

—Conque usted vino desde México sólo a verme... (Diablo de Gómez Carrillo!)

—Pues sí.... solo por eso vine. Es cierto que me dije: "De pasadita veré la Exposición, conoceré la capital del mundo, viajaré un poco; pero así, de pasadita..."

—Muy bien, muy bien.

Y hablamos de su obra, del Pelerin *desde luego y naturalmente, de ese* Pelerin *que hizo decir a Anatole France :"Jean Moreas es una de las siete estrellas de la nueva pléyade. Yo lo considero el Ronsard del simbolismo."*

Hablamos de Eriphyle, *de* Enone au clair visage, *de la cual le recité un fragmento por mí traducido, y de las* Estancias, *impregnadas de un sereno panteísmo un poco a la Rousseau, que a la sazón empezaban a aparecer, por cierto, bajo la forma de un manuscrito autografiado.*

Moreas estaba de excelente humor, y anda que anda me recitó algo muy bello, la cantinela aquella:

Toc toc, toc, toc,--il cloue à coups presés,
Toc toc—le menuisier des trépassés.
"Bon menuisier, bon menuisier,
Dans le sapin, dans le noyer,
Taille un cercueil très grand, très lourd,
Pour que j'y couche mon amour..."

Antes de separarnos, me hizo espontáneamente la promesa de llevarme al día siguiente a Calisaya su Pelerin Passionné, *con la respectiva dedicatoria. Oh! gloria...! Y seguía yo murmurando para mi coleto: "Quien había de decirte cuando jugabas a la gallina y el coyote en las herbosas calles de tu pueblo, que un día—mejor dicho, una noche— habías de ir por París de Francia, etc., etc."*

Qué pasó al día siguiente? No lo sé. Acaso estuve enfermo, acaso mi pésima memoria me jugó una mala pasada, lo cierto es que no fuí a Calisaya. Según Darío me refirió después, Moreas me buscó; llevaba su libro debajo del brazo, su libro dedicado! No me encontró y enfadado, rompió la página autógrafiada, la hizo añicos...

Y eso fué todo.

Papadiamantópulos y el poeta que había ido a París desde México, sólo por verle, *no volvieron a ser amigos. Cuando se encontraban, el primero fingía no acor-*

darse del segundo (que había atravesado el océano), y el segundo acabó por resignarse... Todo se había perdido, menos el honor!"

Nervo es nombrado Ministro Plenipotenciario, y en Montevideo recibe el más gallardo homenaje, con las palabras orfébricas de Leopoldo Lugones.

Después, la Intrusa, llega a la alcoba del alto poeta, sin hacer ruido, calzando imperiales pantuflas de rojo terciopelo y pisando sobre pétalos de lirio.

El elegido, como Goethe, pide luz, más luz; quiere ver el sol antes de partir; él sabía, como sabía Balzac, que la gloria es el sol de los muertos.

Y escucha el canto de la Esfinge cuando en los parterres *revientan los capullos y cuando en los nidos se desbordan mil gorgeos.*

Ahora, desflorad este libro, en él en-

traréis cosas amables; en él hablan Darío, González Martínez, Rafael López, Tablada, Velarde, Núñez y Domínguez, de Castro, Carrère....

Es un cofre encantado, como el de Aladino, en donde las prosas se trocaron en gemas y los versos en rosas.

Guillermo JIMENEZ.

LA VIDA DEL POETA

La Vida del Poeta

Diáfana y serena, la existencia de Amado Nervo, no tuvo ninguno de esos acontecimientos-cumbres que en otras vidas tempestuosas son como faros que alumbran la procesión anónima de los días iguales, con magníficos resplandores de grandeza o con purpúreos destellos de tragedia. La vida del poeta fué, empleando la metáfora de Eça de Queiroz, "un río manso, transparente", cuyo curso no se alteró jamás con el adiamantado arabesco de los remolinos, ni se rompió con el tapiz de cristal de las cascadas majestuosas; tan sencilla, tan pura, que como un perfume o como una gema cabe toda en el "vaso santo" de su verso autobiográfico:

"He sufrido como todos y he amado"...

hé aquí la vida del poeta.

Una existencia tan clara ofrece para ser narrada una positiva dificultad en su misma senci-

llez; ¿qué decir de un hombre al cual no le aconteció nada notable?

..........yo, como las naciones
"venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
"no tengo historia. ¡Nunca me ha sucedido nada!...

ha dicho él mismo. Acaso nunca se escriba la biografía amplia, total, de Amado Nervo; no tuvo como Benjamín Johnson, un amigo fiel que siguiera paso a paso su existencia para darla compendiada a la posteridad; no habrá un fanático devoto que, como Navarro Ledesma con la de Cervantes, la reconstruya, supliendo con fantasía de poeta lo que la paciencia del erudito no logró desentrañar; y no quiso, como Darío, contárnosla él mismo, con el sádico placer de recordar los tiempos que fueron, porque no pueden considerarse como verdadera autobiografía, los encantadores renglones que siguen:

"Nací—cuenta el poeta—, en Tepic, pequeña ciu-
"dad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de
"1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo: mi padre lo
"modificó encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dió
" su nombre. Resultó, pues, Amado Nervo, y ésto
" que parecía seudónimo—así lo creyeron muchos
" en América—y que en todo caso era raro, me
" valió quizá no poco para mi fortuna literaria.
" ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el

"Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llama-
"do Pérez y Pérez!

"Empecé a escribir siendo muy niño, y en cier-
"ta ocasión, una hermana mía, encontró mis ver-
"sos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el come-
"dor a toda la familia reunida. Yo huí a un rin-
"cón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fué todo.
"Un poco más de rigidez y escapo para siempre.
"Hoy sería quizás un hombre práctico. Habría
"amasado una fortuna con el dinero de los de-
"más, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían
"todos los caminos. Por lo demás, mi madre es-
"cribía también versos, y también a hurtadillas.
"Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiem-
"po, y murió sin saber que tenía talento: ahora
"lo habrá descubierto con una sonrisa piado-
"sa....."

"No he tenido ni tengo tendencia alguna litera-
"ria especial. Escribo como me place. Según el
"*spíritus qui flat ubi vult.* No sostengo más que
"una escuela: la de mi honda y perenne sinceri-
"dad."

"He hecho innumerables cosas malas, en prosa y
"verso: algunas buenas; pero sé cuáles son unas
"y otras. Si hubiese sido rico no habría hecho más
"que las buenas, y acaso hoy solo se tendría de mí
"un pequeño libro de arte consciente, libre y alti-
"vo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país
"donde casi nadie leía libros, y la única forma

" de difusión estaba constituída por el periódico.
" De todas las cosas que más me duelen es esa la
" que me duele más: el libro, breve y precioso, que
" la vida no me dejó escribir: el libro libre y úni-
" co."

" He publicado hasta hoy, en prosa, "El Bachi-
" ller', "El Donador de Almas", "Pascual Aguile-
" ra", "Otras Vidas",—en que están los tres an-
" teriores reeditados—, "Almas que pasan",
" "Ellos", "Mis filosofías", e infinitos artículos
" de todos géneros en infinitos periódicos y revis-
" tas."

" La prensa y los críticos en general se han
" ocupado muchísimo de mí, pero casi siempre pa-
" ra decirme horrores. Me he comido diez tonela-
" das "de sapos frescos".... y los he digerido."

" "El Bachiller", por lo audaz e imprevisto de
" su forma, y especialmente de su desenlace, oca-
" sionó en América tal escándalo, que me sirvió
" admirablemente para que me conocieran."

" Se me discutió con pasión, a veces con enco-
" no: pero se me discutió, que era lo esencial. "El
" Bachiller" fué publicado en francés por Vanier,
" el editor de Verlaine, y se han hecho de él tres
" ediciones en español."

" En cuanto a mi lírica, héla aquí: "Perlas ne-
" gras" (versos de adolescencia), "Místicas",
" "Poemas", (de los cuales "El Prisma Roto" y
" "La Hermana Agua"), "Lira Heróica", "Jardi-

" nes Interiores", "El Exodo y las Flores del Ca-
" mino" (prosa y verso) y "En Voz Baja."

"Este último es un libro exclusivamente de to-
" ño menor, en el que no hay que buscar ni sono-
" ridades, ni oratorias, ni conceptuosismos: es la
" vida, en lo que tiene de enigmático, de insinuan
" te y bellamente impreciso, que pasa cuchichean-
" do por esas páginas."

Estas son las palabras del artista.

Sus antepasados eran oriundos de Málaga, y se llamaban Ruiz de Nervo, como él dice, pero ya su abuelo firmaba Francisco R. Nervo. En Tepic, transcurrió "su anciana juventud" que hubiera dicho Gracian, en un ambiente religioso que le determinó a abrazar el estado eclesiástico, comenzando sus estudios en el seminario de Jacona (Michoacán), por el año de 1884. A la muerte de su padre, la necesidad de ponerse al frente de los negocios de su familia, le hizo abandonar los estudios teológicos; pero esos breves años de seminario, habían formado ya su espíritu, melancólico y místico: él lo declara en sus versos:

"¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
"pálido asceta, qué mal me hiciste!
"Ha muchos años que estoy enfermo
"y es por el libro que tú escribiste!

Los libros venenosos, como "La Imitación", como "El Eclesiastés", son para leídos "cuando lle-

ga la noche de los días", como dijo Alarcón, cuando nuestro sol tramonta hacia el ocaso, y no en la juventud, epinicio de la Vida. ¡Bendita, sin embargo, esa melancolía incurable que dejó en el alma del poeta el desolador filósofo!; en ella encontró Nervo un agua de salud: se curó de la vida brutal de todos los días con la enfermedad kempiana; sin ella, no habríamos tenido sus versos. Y en este punto, nuestro egoísmo es gemelo del de aquel caballero francés que,—cuenta en la "Aprobación" de la segunda parte del "Quijote" el licenciado Marqués de Torres—, hubo de exclamar al saber que era "viejo, soldado, hidalgo y pobre" el peregrino ingenio Miguel de Cervantes: "Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo."

Hacia 1892, "El Correo de la Tarde", de Mazatlán, publicó los primeros versos de Nervo, escribiente a la sazón en el bufete de un abogado; es curioso observar que el artista tenía ancha y clara letra de amanuense, grafismo no muy común en los poetas. Aquellos versos de sus 22 años, que no valían gran cosa como obra poética,— dice el crítico Esteban Flores—, eran no obstante interesantes por el suave sentimiento que los impregnaba. Publicó también algunas crónicas, que firmó con el seudónimo de "Román", más tarde troca-

do por el de "Duque Juan", acaso como pleitesía al pontificado que en las letras mexicanas ejercía entonces "El Duque Job".

Por 1894, Amado Nervo vino a México, y comenzó el calvario de los principiantes, peregrinando por las redacciones, sin lograr que publicaran sus versos. Entre sus composiciones de esa época, había una, "La Gata Blanca", que él amaba particularmente; y hubo de sufrir la pena hondísima, hecha de amargura y de desengaño, de ver cómo aquella obra que consideraba perfecta, íntegramente bella, sin los defectos que aún el más vanidoso escritor encuentra en la mayoría de la labor propia, era también desdeñada.

Para subvenir a sus necesidades, Nervo puso un pequeño comercio de "abarrotes", y alternó la prosa del "Debe" y del "Haber", con las rimas que constelaban de resplandores, como incrustaciones perlíferas, las hojas de sus libros de contabilidad. Su compañero de juventud, Don Carlos Díaz Dufóo, ha revelado a la curiosidad de los hombres de hoy, que Nervo fué "tablajero" en el Rastro; ¿os figuráis al poeta de los versos místicos, negociando con chalanes y jiferos las sanguinosas "canales" de res?.....

Como Zorrilla leyendo al borde de la tumba de Larra aquellos versos famosos:

> "Ese vago clamor que rasga el viento
> "es el son funeral de una campana...

escritos con el color que servía para teñir las esteras en el taller donde era aprendiz, así Nervo se reveló como poeta, para los literatos de entonces, en la muerte de Gutiérrez Nájera, con sus versos admirables, después publicados en "Perlas Negras":

"............y en el cielo de topacio
"se perdió, ¡cómo todo lo que canta!

Este poema le hizo alcanzar, al fin, el triunfo de colaborar en "Revista Azul", y en "El Universal", donde los literatos recibían el espaldarazo caballeresco, y, poco después, en 1896, la aparición de "El Bachiller", le hizo imponerse por el "escándalo" que, según sus palabras, causó.

Entregado ya al diarismo, entró en "El Mundo Ilustrado", y, a través de su labor periodística, publicó en 1898 "Perlas Negras", su primera cosecha lírica. En 1900, partió para el Viejo Mundo como cronista de aquella publicación; Nervo, viajó por Europa, con una subvención del periódico primeramente, y después, habiendo dejado de enviarle recursos el Director, Reyes Spíndola, por cierta carta que el poeta escribió a Puga y Acal, y que éste hizo pública, con los pequeños problemas diarios que forjan la cadena de la bohemia artística. Fruto de su viaje, fué "El Exodo y las Flores del Camino", libro que Darío tenía por su mejor obra, en el cual, "entre versos deliciosos y

prosas llenas del encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte", narra el poeta sus andanzas pintorescas y llenas de color, su "persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza".

En París, Nervo conoció a la "élite" intelectual de la época; el escritor argentino Eduardo Talero, narró recientemente una curiosa anécdota, que transcribiré, recordando que "Azorín" censura a los escritores que no cuentan las cosas porque creen que un público numeroso las sabe: en el restaurant "Calisaya", se encontraban reunidos cierta noche, con otras varias personas, Rubén Darío, Jean Moreas, Oscar Wilde, Nervo, el poeta colombiano Guillermo Valencia, y el que la anécdota cuenta; de improviso, llegóse al cosmopolita cenáculo un linajudo conde francés, amigo de Moreas, el cual hizo las presentaciones de costumbre, añadiendo la nacionalidad de cada uno de los circunstantes; cuando tocó el turno a Nervo, el aristócrata, rehusó saludarle, y comenzó a hablar despectivamente de los mexicanos, recordando el fusilamiento del Archiduque de Hapsburgo; y entonces la mano de Nervo se alzó colérica para castigar la afrenta, y a duras penas pudieron Darío y Talero contener el ímpetu de Amado, que en aquellos instantes se olvidó de que era poeta místico, para sentir vigorosamente que descendía "de raza de águilas y raza de leones"....

La emoción de aquella noche, dice Talero, dió vida al soneto de Darío:

"Amado es la palabra que en querer se concreta;
"Nervo es la vibración de los nervios del mal...

Con Rubén Darío ligó a Nervo una honda amistad, que no abandonó, empero, los moldes del cortés "usted" para sus fraternales relaciones, curioso pequeño detalle que el propio Nervo me contó. Esta amistad, duró hasta la tumba: estrechando entre sus manos enflaquecidas el crucifijo que Nervo le trajo de Roma, murió Darío, con una lágrima congelada en los párpados, última perla del poeta de las piedras preciosas.....

Ese viaje a Europa, y la cultura francesa "elegante y clara" según el juicio de Eça de Queiroz, que bebió en sus lecturas, gestaron en el poeta su amor religioso por la gran nación:—Es triste,— nos decía alguna vez—, pensar que entré en la diplomacia por vivir en París, y apenas he podido dar allá fugaces escapadas..... A Francia le debió el grande amor de su vida, la mujer que cantó en "La Amada Inmóvil" con ternura infinita, y que murió con estas palabras que el poeta llamaba ideales en los labios agónicos de una francesa: "Mes petites pantoufles rouges!......" A través del francés terso de Maeterlinck, leyó y estudió a Federico de Hardenberg, Novalis, el hondísimo inquisidor del Misterio, que tan vital in-

fluencia ejerció en su obra de los últimos años. Y en los días angustiosos de la "rouée allemande" sobre Verdun, asomado con Francisco Orozco Muñoz, en Madrid, al balcón de su casa en la calle de Bailén, contemplando en la hora del ocaso el himno de belleza del Guadarrama, expresaba su esperanza:

—No pasarán.... ¿verdad que no pasarán?....

Al volver de su primer viaje a Europa, estaba consagrado: la traducción francesa de "El Bachiller", y "Poemas", aparecieron en 1901; en 1902, "El Exodo", y "Lira Heróica", edición hoy rarísima, que contiene un vibrante "Canto a Morelos", y el admirable poema "La Raza de Bronce"; coleccionó después su obra dispersa, y publicó sucesivamente "Místicas", "Otras vidas", "Los Jardines Interiores", y "Almas que pasan". Fué con Jesús E. Valenzuela, dueño de "Revista Moderna". Enseñó Gramática en la Escuela Nacional Preparatoria. Y en 1905, entró en la diplomacia, y volvió a Europa.

En el forzado destierro de la vida diplomática, destierro que se prolongó por catorce años, el poeta añoraba a su país; en cierta ocasión, otro alto trovero mexicano, cuyo nombre no hace al caso, en un rapto de humor, le envió unos versos detestables calzados con nombre supuesto, rogándole le diera su opinión; le decía haber nacido en Tepic,

en el hotel de "La Bola de Oro"..... Y el seráfico Nervo, conmovido por aquel eco que desde su patria lejana llegaba hasta él, le contestó evocando el lugar natal, con ingénuas y sentidas frases de añoranza, y dando alentadores consejos al falso principiante. Esta anécdota, conocida de muy pocos, que he oído de labios del, hace años, arrepentido burlón, dice bien a las claras el cariño del poeta por su patria, y su dulce bondad.

Esa bondad le hacía amar a los niños; el homenaje a Justo Sierra nos permitió verle rodeado de chiquitines, como San Francisco de pajarillos, dirigiéndoles su palabra unciosa y suave a la que catorce años de España dieron el hábito de sincopar la d en las terminaciones en "ado", y toda una vida cosmopolita no había podido quitar el pastoso acento natal. Por bajo el sereno poeta, había también el humorista, como en todos los espíritus que el Dolor acrisoló: ¡esta perla de la ironía, se forma en el alma por capas sucesivas de desengaños y de amarguras!.....

En Madrid, como otro desterrado de América, el Lázaro de Pedro Antonio de Alarcón, llenaba de resplandores sus noches, asomándose al abismo cerúleo a través del ojo inquisidor de su telescopio; lo que los astros le dijeron, está en sus últimos versos, serenos, inmobles, llenos de infinita gravedad, de la paz de las noches estrelladas,

"jardín azul de margaritas de oro"; y al par que miraba a los cielos, contemplaba el límpido estanque de su alma, que copiaba los signos inteligentes de los astros, y de ella tomaba idénticas vibraciones de eternidad. El infinito y su espíritu, eran los polos de su poesía;—Para tener una percepción cabal de la Vida, —me dijo alguna vez el Maestro—, hay que mirar dentro de nosotros mismos, o más allá del porvenir, haciendo abstracción de lo que nos rodea. Hé aquí la síntesis de su filosofía. Como en el verso de Hugo que sirve de lema a "Serenidad", vivió siempre "en pié, mas inclinado hacia el lado del Misterio"; las almas que, como la suya, llevan en sí un trasunto de infinito, sienten siempre la atracción de la Eternidad....

Su obra, durante esos catorce años de vida diplomática, fué la más granada y personal: era "más Nervo", el Nervo de los últimos años; comprende "Lecturas Mexicanas graduadas", en dos volúmenes publicados en 1906 y 1907; "En Voz Baja," 1909; "Juana de Asbaje", 1910; "Ellos.....", 1912; "Mis Filosofías", 1912; "Serenidad", 1914; "El Diablo Desinteresado", 1916; "Elevación", 1917; "El Diamante de la Inquietud", 1917; "Plenitud", 1918; "El Sexto Sentido", 1918; y "El Estanque de los Lotos", 1919. Es curioso saber que Nervo se consideraba mejor prosista que poeta, aun-

que perdurará más como poeta que como prosista; no de otra manera Cervantes tenía el "Persiles y Segismunda" por su obra maestra, con cierto desconocimiento de valor enorme y trascendental del "Quijote". Sin dilucidar cuál sea el libro más bello del Maestro, se puede afirmar que el más humano es "Plenitud": en él, sus manos se brindan colmadas de la dorada mies de su filosofía suave y consoladora, y habla el claro lenguaje de todos, y va a todos los espíritus; sin aislarse en la aristocracia del verso, enciende un resplandor-guía para las almas errabundas y desorientadas, en esas breves páginas, aromadas con una inefable poesía, como la que perfuma las obras de Rabindranath Tagore. Y ya que del gran poeta bengalí hablo, anotaré, de paso, que Nervo me dijo en cierta ocasión haber leído muy poco de él.

Amado Nervo no fundó escuela ni tendrá imitadores; su labor fué tan personal, que sólo un espíritu capaz de remontarse a las alturas del pensamiento que él alcanzó, podría haberle seguido en su vuelo; y cuando se tiene ese poder en las alas de la fantasía, no se imita: se guía.

En los días, para México aciagos, de 1915, Amado Nervo, cesante en su cargo diplomático, se vió en difícil situación económica. Y fué entonces cuando, a moción de Luis Anton de Olmet, las Cortes españolas tuvieron el gesto gallardo e hi-

dalgo de votar una subvención para el poeta, que éste, con gesto no menos gallardo, y no menos hidalgo, declinó con una carta, que es una de sus más bellas páginas. En medio de la estridencia mecánica y positivista de la época actual, este gesto da una nota caballeresca de acerado timbre, como el vibrar de una hoja toledana, cuyo puño hubiera cincelado Enrique Arfe.....

El primero de julio de 1918, Nervo desembarcó en Veracruz de regreso a la Patria; el recibimiento que los artistas, la juventud y el público le hicieron, fué entusiasta y cordial; todos tenían ansia de conocerle y de oirle: ¡era Nervo!...... Y este nombre lo decía todo; el poeta tuvo un amigo en cuantos escucharon su palabra, como tiene un devoto en cuantos leyeron sus versos. Poco tiempo estuvo entre nosotros: el 14 de marzo de 1919, llegó a Buenos Aires, como Ministro de México en la Argentina y en el Uruguay: este viaje, el último que hizo antes de emprender el Definitivo, más allá de las fronteras de la Muerte, fué triunfal; en Nüeva York, cuando leyó su poema "Aguilas y Leones", una enorme multitud le aclamó y sus autógrafos se cotizaron en un puñado de "greenbacks" entre sus admiradores que a todo trance querían tener un recuerdo suyo; en Buenos Aires, se agotaron sus libros; los escritores sudamericanos le reconocieron como el más alto

poeta de América, lugar que le correspondía desde que Darío posó "las plantas errabundas en el islote frío que pintó Bocklin"....

Y vino la Pálida; Nervo estaba enfermo hacía muchos años de un viejo mal, que ponía en su rostro un reflejo mate, verdoso. Enfermo, tenía que asistir a los banquetes diplomáticos, sollevar la pesada carga de las fiestas y de las recepciones. El domingo 18 de mayo, en Montevideo, donde presidía el "Congreso Americano del Niño", sufrió un ataque de uremia, grave; el miércoles 21, reaccionó ligeramente y se tuvieron esperanzas de salvarlo; por desdicha, el mal fué en aumento, y el sábado 24 de mayo de 1919, a las 9 y 30 de la mañana, expiró. Dos días antes, había recibido el Sacramento de la Penitencia. Su agonía fué larga y dolorosa, pero sus últimos momentos semejaron "los de un Santo", según frase del doctor Belaunde, que le acompañó; suavemente, como una luz mística se apagó su vida.... La Historia recogerá sus frases postreras: "Yo no quiero morir sin ver el sol!"....

Los honores que se le hicieron, fueron excepcionales: a la cabeza del cortejo, que integraban varios millares de personas, iba el Presidente de la República del Uruguay; el discurso oficial lo dijo el gran poeta Zorrila San Martín; las tropas formaban valla de honor; el pabellón nacio-

nal flotaba a media asta; y la voz del cañón, durante todo el día 26, en que se efectuó el sepelio, tronó de media en media hora, como un bronco sollozo..... Este hombre bueno y modesto, que vivió siempre un poco al margen de los honores y de las vanidades mundanas, no obstante su carácter diplomático, que recibía la visita de sus amigos enfundado en un pantalón de mecánico y cubierto con un amplio impermeable, tuvo en su muerte una apoteosis, que no consiguió en vida; con razón dijo hace siglos Montaigne, que la muerte es la más notable acción de la vida humana...

Sus contemporáneos, tal vez no nos demos cuenta de que hemos convivido con un genio; estábamos demasiado cerca de él, y la figura de los grandes hombres, como los grandes acontecimientos de la Humanidad, deben ser contemplados desde lejos, para apreciar sus proporciones; de cerca, sólo notamos el detalle inmediato, y a nuestra vista limitada, escapa la magnitud del conjunto. La distancia tiende un velo sobre los defectos, y por un fenómeno de óptica moral, abrillanta e intensifica las virtudes. Las complejidades del carácter, se borran, y solo queda aquella cualidad que fué la sobresaliente, el sello de la personalidad; y la figura aparece exenta de impurezas, como una estatúa de mármol. No de otro modo debe entenderse a los semidioses griegos, sino por este des-

ligamiento que la posteridad hace entre el hombre y la llama divina que lo animó. Y, a menos que se quiera reservar el dictado de genio exclusivamente para los poetas grandilocuentes, que, como Hugo, hablan siempre con algo de trueno en sus palabras, preciso es convenir en que, como el Divino Darío, fué un genio Nervo el Humano.

¡Y es de ambos, el alba de oro!

González de MENDOZA.



OPINIONES

Cabezas

En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con la misma simpatía y con el mismo *intelleto d'amore* ¡Ha sido tan gentil compañero de sueños, en este nuestro París amado hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que, a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la Carrera......

Yo no leeré nunca sin cierta emoción, el libro titulado "El Exodo y las Flores del Camino", en el cual, entre versos deliciosos y prosas llenas del encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de la humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

La evolución de Nervo, desde "Místicas" y "Per-

las Negras" hasta sus últimas producciones de piadosa, o irónica—¡muy suavemente!—filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido; sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las excursiones, en que el pegásico ímpetu es el conductor.

Su antigua *fe* había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorecer la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos, siempre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo, delante de sus colegas—como no sean de la familia apolínea—no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal Excelentísimo Señor Ministro, que lo mismo confecciona un soneto

circunstancial que pone asombro en los más intrépidos jugadores de bridge. ¿Sabrá el bridge ya Amado Nervo?.....

Lo que sí sabe y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la pàz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

A veces se creería en un desmayo de energía o en un desvío deforma. No hay nada de eso. Los conocedores saben lo que hay que saber, para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más simples y transparentes. Todo ello está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal, y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achacan al influjo de un "modernismo"—llamémoslo así—que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

Una particularidad que he advertido en Amado Nervo, desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas, que se dirían acompañadas de música sacra.

..... No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de

Groux, de otro pintor mexicano, de un joven gallardo aficionado al teatro, también mexicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las Iglesias en donde, por las grandes celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues, en varias de ellas, y por fin le encontramos, lleno de fervor místico-artístico, en Nôtre-Dame, a donde había llegado después de recorrer Saint-Severin, la capilla de la Sorbonne, Val de Grâce, Saint Sulpice, hasta que fué a recalar en la catedral que, según un hugólatra, es la H. del nombre de Hugo.

Había que oír, en aquel tiempo, a Amado Nervo, a quien yo llamaba fraile, o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire místico, daban idea de un admirable oblato, de un seguidor de Huysmans a quien desde luego el mexicano ponía sobre su cabeza. ¡Todo pasa, en verdad, y la juventud más pronto que todo! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, imperecederos, y un amor, perecedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable. El poeta ha clamado trenos y elegías. *¡Mas es suya el alba de oro!*

Rubén DARIO.

("*Mundial*" de *Paris*).

Semblanza

Este de la mirada honda, clara y meditativa, que se enciende a las veces con una milagrosa luz interior; éste, de la plática insinuante, acariciadora y optimista a fuerza de serenidad conquistada en las fragosas sierras de la inquietud; éste, que tuvo un tiempo la demacrada y barbuda faz de un nazareno, y que hoy se afeita con una coquetería casi póstuma, hacia la mujer y hacia su siglo, y con ello logra uncioso prestigio episcopal; éste, es Amado Nervo, que un día llevó el noble mensaje de la poesía de México a tierras de España, donde conquistó palmas y corazones, y hoy clava su blanca bandera mística en cumbres gloriosas, junto al irisado estandarte del formidable cantor de "Las Montañas del Oro".

El tuvo un día el ritmo divinamente musical, y hoy canta a la sordina con una sencillez de agua diáfana en fuente oculta, sencillez que desconcierta a los que no saben que el ritmo del verso no es sino la resonancia del ritmo espiritual, y que la simplicidad es la flor última de las almas selec-

tas. En esta ausencia casi primitiva de complicación verbal, ha encontrado el camino para hablar a las almas fraternas, en voz baja, en una intimidad de confesión para fortalecerlas y consolarlas. Y muchas se han ido consoladas y fuertes apenas ha salido de los labios del confesor poeta el mandato que redime: "Anda en paz." Porque él ha comprendido la sabiduría que entraña la interrogación del gran poeta belga:

"¿De qué sirve un pensamiento profundo cuando no conforta?"

Enrique González MARTINEZ.

(*Album Salón*" *de México*).

Amado Nervo

Criado y educado a la sombra de la Iglesia, estudiante seminarista, lector obligado de textos latinos, oyente constante de antífonas y secuencias, desplegó las alas de sus púberos ensueños en un aire cargado de beatitud e incienso. Había pisado ya las gradas del altar, subía a diaconizarse, cuando la mano de su suerte lo detuvo, lo hizo descender, salir de su templo y de su colegio, lo empujó hacia la vida, hacia el mundo, hacia la libertad, y le dijo: en marcha.

El muchacho, atolondrado y tímido, dió los primeros pasos; mas como con la fe, con una fe en Dios que no le ha abandonado, se le robusteció desde temprano el carácter, halló pronto el camino y se dispuso a recorrerlo resignada y firmemente. Las vicisitudes del chicuelo, que salió a ganarse el pan, no fueron pocas: pero él sorteaba escollos, vencía obstáculos, dominaba situaciones, y creciendo, creciendo de tumbo en tumbo, desde su provincia de Tepic, se partió hasta las riberas del mar Pacífico, hasta Mazatlán: allí escribió en pe-

riódicos, publicó versos, adquirió exigua reputación, y con todo ello, entróse un día en la Metrópoli, como el famoso Patourot, en busca de una posición social, o mejor, como el Poquita Cosa de Daudet, para reconstituir la familia. Poco a poco se impuso, visitó las redacciones de los periódicos, fué presentado a las personas de viso, a los literatos de moda. Y pronto, en camaradería con los poetas, empezó, no diré su gloria, pero su reputación sí.

Era sumamente simpático, con su aire de seminarista, su largo levitón, su cuerpo flaco, un tanto encorvado; su cabeza de abundante y lisa cabellera, su rostro afilado y pálido, en el que principiaba a crecer una barba prematura, que, ayudada de los ojos profundísimos y muy abiertos y fijos de continuo en algo invisible, le daba una fisonomía de anacoreta en cierne. Y luego, sus silencios de recogimiento, sus actitudes distraídas, y de pronto, como contraste, el manantial inagotable de su verbo, el aluvión de su discurso, que en determinados momentos confinaba con la elocuencia; la cálida recitación de sus versos, hecha con un especial dejo provinciano; su mutismo de secreto, al que seguía su charla de confidencia; su espíritu aniñado, encogido a ratos, a ratos expansivo, le dieron una personalidad interesantísima en los círculos artísticos, en ese taller de pintor, en aquella mesa de redacción, en esotro tablado de

teatro. Porque Amado Nervo, en aquellos tiempos (1894-98) era infatigable para trabajar y para vivir, lo hacía todo (versos, artículos, traducciones, crónicas, novelas), y estaba en todas partes: en una reunión de amigos, en el estreno de una pieza dramática, en una comida de artistas, en una velada literaria. Y aún le quedaba tiempo para estudiar, para aprender, en libros franceses sobre todo, esa ductilidad, esa suavidad, esa naturalidad tan llana, tan simple, tan prodigiosa de su estilo. Una novela, "El Bachiller", lo hizo célebre, no tanto por la hermosura de la forma cuanto por lo escabroso del asunto. Un libro de poesías, "Místicas", lo definió y lo consagró.

En ambos libros se notaba su nostalgia del ambiente eclesiástico, su añoranza de existencia religiosa; sueña en misales, en casullas, en paños litúrgicos, en imágenes sagradas, en confesionarios, en oraciones y cilicios. Increpa a Kempis que lo entristeció; comenta versículos bíblicos. Ilumina su memoria con los reflejos de oro de los altares.

Pero lentamente, la vida, que lo sube, la transforma, sin quitarle su misticismo, su disposición al vuelo extático, su deslumbramiento de claridad divina, el incesante viaje de su alma al *más allá*. Como vino a la capital de México y la conquistó, así con mucha fe y mucha ansia de ver y de sentir, llegó a París y fué a Italia y recorrió Europa, reci-

biendo siempre sensaciones y reteniéndolas en notas y en poemas cada vez más refinados, más sutiles, más atrevidamente modernos, saltando por encima de las reglas prosódicas y poéticas en una envidiable libertad espontáneamente bella, que se emparejaba en soltura, con la de Rubén Darío, su íntimo amigo de ensueño y aventura.

En esos años de bohemia, de agitación y luchas, Amado Nervo completó su vocación artística y se hizo *él*. Afinidades tiene, casi todas francesas; parentescos, no. Su obra de entonces precisa ya una individualidad: "Poemas", el "Exodo y las Flores del Camino"; entre esa obra va la "Hermana Agua", que lo presentó como artista supremo.

De aquel Nervo barbudo y andariego que conocí hace veintitantos años, a este que acabo de dejar en Madrid, de cara afeitada, escaso cabello, mirada melancólica y blanca y dulce sonrisa; de aquel poeta que parecía impaciente a este diplomático que parece cansado, hay la distancia que va de la ilusión al desencanto, de la alegría al dolor, de la adolescencia que se despidió de nosotros a la vejez que nos anuncia su llegada.

Pero, en su corazón, en su ánima, Amado Nervo apenas ha sufrido metamorfosis. Un soñar perpetuo en lo superhumano; una inquietud ante lo misterioso; un filosofar sobre lo divino; una aspiración muy grande por la belleza, un sueño muy

alto por la eternidad, una explicación consoladora del sufrimiento que purifica y del amor que eleva; una esperanza que aletea, un presentimiento que ilumina. El misticismo de Nervo se ha pulverizado en vaguedad sideral, en contemplación teosófica. Su musa canta "en voz baja", sus últimos libros líricos se llaman: "Serenidad", "Elevación". La forma que ahora tiene apariencias de descuidada, es viva y artística como nunca. La simplicidad de la idea y de la emoción que quiere ser pueril, es profunda, incesantemente. El otoño del poeta está lleno de rosas.

Luis G. URBINA.

(*La vida literaria de México*).

Un Libro de Amado Nervo

Serenidad

Hace muchos años, por una metempsícosis que recuerda el *Eso Fué Todo,* Nervo se imaginaba ser un sátrapa egipcio, un sacerdote de Israel, un druída, un rey merovingio, un trovero, un prior. Hoy, en *Arcanidad,* vuelve sobre el tema de su diversidad interior. No es la suya la diversidad antagónica o paradógica de Verlaine, que pudo ser modo de otros tiempos. Nervo no cree ser ángel y vestiglo, sino que, como todos los hombres, percibe que en él hay alguien que afirma, alguien que niega, y alguien, quizá, que a ambos los espía. En el fondo, él está de parte del que afirma, aunque no con tanto entusiasmo como lo quisiera su dolor y como acaso lo quisiera su Musa.

Sin pretender conciliar artificialmente sus varios aspectos (y tal vez no requieren más conciliación que su sola coexistencia), Nervo ha for-

mado un libro que recorre múltiples estados de ánimo. En una hora de lectura, da la impresión de los tres años que abarca. En él ha incluído algunas poesías de juventud, no de las más felices, y ha anticipado algunas de *La Amada Inmóvil*, que son las mejores del volumen actual.

Hé aquí los aspectos analíticos de este hombre múltiple. No hay que esforzarse por avenirlos: ellos entre sí se parecen como las resonancias de un mismo arquetipo. Nervo, el hombre mismo, ¿qué es? Un pretexto humano; y, como poeta, una cosa alada y ligera, ya lo sabemos.

La estética sincera: Por cualquiera página que lo abro, el libro me descubre al hombre. Al hombre que se expresa con una espontaneidad desconcertante, turbadora. Cierto que la sinceridad lleva en sí elementos de abandono: nada le es más contrario que la pedantería; pero no siempre sabe avenirse con la destreza. Hay muchas maneras de ser sincero, y aun se puede serlo con artificio; hay buenos y hay malos cómicos de sus propias emociones. Quizá en el mundo, y sobre todo, en el arte, hay que ser de aquellos; y quizá nuestro poeta Nervo alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto.

¡Oh sí! Esa es, nada menos, su nueva fuerza, su última manera de florecer. El que ayer supo ser intenso y exquisito poeta literario, se desarrolla ahora hacia la nitidez y la expresión directa.

Y toda estética que se hace personal produce, por eso mismo, si no siempre algo inaccesible en la forma, sí, por lo menos, algo inesperado en el fondo. Inesperado, no por extravagante,—el poeta de *Serenidad* es y quiere ser el hombre menos extravagante;—inesperado, porque nos es ajeno; porque es tan propio del poeta que nos causa, al descubrírsenos, cierto estremecimiento instintivo; inesperado, tal vez, porque nos es tan frecuente y familiar, que casi no lo hemos percibido. Y este matiz de pudor se acentúa ante una poesía de confesiones como la presente. *Serenidad* es un libro dedicado al yo del poeta. La base de su crítica consistiría, pues, en preguntarse cuál es, para el arte, la sinceridad útil, y cuál la inútil.

Pero todavía de este discrimen, que pudiera serle peligroso, el libro se emancipa solo por la intención humorística. En efecto, ¿quién pondrá ley al humorismo? Para el humorismo no hay Rengifos, no hay Hermosillas. Los dosimétricos del gusto quiebran a sus pies diminutas balanzas.—El peor de los miedos de la inteligencia, es el miedo al *humour*. También el poeta tiene derecho a juguetear con la lira en los entreactos de la exhibición. Por cierto que algunos no son sino poetas de entreacto, y no de los menos excelentes. Sólo que nunca serán ídolos del teatro, arrebato de multitudes. E ignoro por qué se haya de obligar al

poeta a petrificarse en la exaltación de sus notas más agudas y, necesariamente, instantáneas. La vida cotidiana no tiene contorsiones escultóricas ni escenas de apoteosis. También hay una poesía cotidiana, sobre todo para el poeta que es ya un maestro, y en quien las minúsculas meditaciones al margen de la vida (como cuando propone suprimir las dedicatorias de los libros o se alarga, excesivamente, sobre la imagen del nudo gordiano) cobran, en cuanto nacen, ropaje de canción. Porque si Horacio era víctima del estilo y las tablas y, pensando en ellos, se despertaba sobresaltado en mitad de la noche, Nervo dice: "Consonante, soy tu forzado....."

Has cortado las alas al águila serena
de mi idea, por ti cada vez más ignota,
cada vez más esquiva, cada vez más remota.

Maestría de palabras: Así, pues, el poeta piensa que es víctima de su dón verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para quedarse en pulido renacentista.—Su maestría de palabras viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes, la brevedad y la trans-

parencia. Mas en ese cristal adonde apenas parecen refractarse los pensamientos, hay, si se le mira de cerca, no sé qué rasgos o figurillas, un disimulado sello personal. El autor que cuenta con este elemento tan dócil, como vea que la huella de sus dedos se estampa en él tan fácilmente, acaba por usarlo casi sin darse cuenta: él cree que sólo ha estado pensando (acaso uno de aquellos pensamientos pensados a diario por todos los hombres, pero siempre íntimos y amados), y, cuando vuelve de su divagación, se encuentra con que ha estado escribiendo versos. La mano ha aprendido a escribir sin la voluntad, como una cámara fotográfica que, aun ciega, soñara con anteriores visiones y grabara en la obscuridad la placa sensible. La imagen será entonces débil, como vista a través del agua; pero imborrable, porque está hecha con lo más asimilado de las impresiones externas. La poesía *Inmortalidad* no luce un solo verso brillante, una idea nueva, la menor originalidad bruta: no la supirimiríais, sin embargo: en esa lámina transparente circula algo vivo, cierta idiosincrasia de expresión, sutil y lejana, pero real. El poeta ha usado su sello sin percatarse: quizá hubiera sido mejor reservarlo para otro momento de inspiración: pero la maestría de palabras ha obrado sola. Y es así como este poeta puede ser, por algunos segundos, víctima de su dón verbal.—En todo

caso, el tono preferible para el lirismo egoísta es ese tono de poesía cotidiana. Los poetas de ayer habían encontrado su fórmula en el romance ligero, por desgracia hoy muy olvidado.

El literato: Mi estética considera que hay tres categorías humanas: el hombre mudo, el hombre de letras y el hombre expresivo. Para llegar a *decirse,* a manifestarse intelectualmente, el hombre común necesita pasar por la difícil etapa del literato,—en que es muy fácil encallar. Ayer la poesía de Nervo dejaba ver aún la simulación estética,—cosa que no es censurable, que nunca desaparece del todo, porque es condición de la obra humana. Su alegría se pintaba labios y ojeras como cortesana (¡qué hermosos labios, qué soñadoras ojeras!); su dolor tenía tan vivo ceño como el de la máscara de Melpómene. No me toca fijar, ni hay ya para qué repetirlo, el lugar que le corresponde como poeta literario. Hoy, en cambio:

Yo no sé nada de literatura,
ni de vocales átonas o tónicas,
ni de ritmos, medidas o cesura,
ni de escuelas (comadres antagónicas),
ni de malabarismos de estructura,
de sístoles o diástoles eufónicas...

Está, pues, irremediablemente condenado al desamor de aquella mayoría absoluta de lectores para quienes cambiar (tanto es como vivir) equivale a degenerar. Pero su obra adquiere innegable va-

lor humano, y se queda al lado de las modas, viéndolas desfilar.

¿Su técnica? Para Nervo no es ya la hora de los hallazgos: puede hacerlo todo; sabe hacerlo todo; ya no exhibe ejercicios de taller ni latinidades. Sería un anacronismo estudiarla. Por lo demás, nada más extraño para él que el concepto árabe del arte: el arte como adorno: la *fermosa cobertura,* que decía el Marqués de Santillana.

El prosador: El escritor de prosa que hay en Amado Nervo ha influído al fin en el poeta. Hace años que viene desarrollando en páginas breves, ciertas ideas de ensayista curioso. A veces, ha mezclado en los libros prosas y versos. Ese ensayista curioso quiere tomar parte en la obra poética, y así, cuando Nervo el poeta dice, en *Mediumnimidad,* que él no es el dueño de sus rimas, Nervo el prosista observa, en una nota, que gran número de altos poetas, como Musset, Lamartine y nuestro Gutiérrez Nájera, "han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración". Este ensayista curioso siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma, una nostalgia de la Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la manera de Wells: entre mis recuerdos, oigo to-

davía el rumor de cierto *Viaje a la luna* leído en la Sociedad Astronómica de México. Es este prosista el que ha llamado *Ultravioleta* a una poesía; el que se ha interrogado sobre la posibilidad de que el microscopio descubra, en el fondo de la materia, la nada en que palpita la fuerza (véase: *Células, Protozoarios*). Más adelante, es ese el que habla del imán de las constelaciones y nombra a Aldebarán, Sirio, Capella, Rigel, Arturo y la Vega de la Lira; ese el que habla de *desdoblar* a simple vista el Alfa del Centauro; ese, en fin, el que diserta sobre el color de la luna.

El humorista: El humorismo tiene derecho a ser considerado como una verdadera filosofía. Paréceme que consiste su secreto en la percepción de las incongruencias del universo, en el sentido antilogístico de la vida, y es como la huella espiritual que nos deja esta paradógica experiencia: la naturalidad del absurdo. Entonces el chiste no hace reír, sino meditar; también temblar; y el humorista, emancipado del prejuicio racional, adquiere mayor energía que el filósofo. Como los aires ridículos entran en su ejecución, puede decirlo todo y atribuir, por ejemplo, causas mezquinas a los grandes efectos. Se cuenta con todos los recursos y todas las licencias: no queda más guía que el instinto, el valor substantivo del espíritu. El humorismo es, así, un maridaje afortunado de prudencia y locura.

Pero, a veces, cuando se detiene en sus primeros grados, no es más que una resultante de la libertad: libertad para decir cuanto se piensa o se quiere. Todo rasgo personal tiene algo de cómico. Y añádase el ánimo de sonrisa, la voluntad burlesca, y se construirá el humorismo de Nervo,—un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación.

El estoico: Aunque sus esfuerzos de conformidad ("Mi voluntad es una con la divina ley") lo hacen declararse a ratos optimista, suele ser amargo. Lucha porque su filosofía no se torne adusta con las angulosidades de la edad. Y, sobre todo, porque nunca llegue a matar el sentimiento del sacrificio. El día que esto sucediera, Nervo dejaría de cantar. En verdad, del absoluto estoicismo ¿podrá brotar una canción? ¡quién sabe qué extraño, qué grotesco remedo de voz humana, pero no una canción! Si el estoico se torna asceta y adelanta en su disciplina interior, dando la razón a Siddharta Gautama y ensayándose para la muerte, el poeta, es irremediable, tendrá que callar. Por momentos me ha parecido que Nervo acabará por preferir el balbuceo a la frase, que se encamina al silencio. Su silencio sería, entonces, la corona de su obra.

El religioso: No es bastante sabio para negar a Dios, dice él. Cree a la manera vieja: ve a Dios en

la rosa y en la espina, y se le siente unido en un panteísmo franciscano (*Solidaridad*). Su estoicismo se enlaza fácilmente con su religión. La sinceridad de su sentimiento religioso resiste la prueba superior, la de la humillación y la cólera divina. Mientras no se ha sentido sino el amor de Dios, se es un místico muy imperfecto:

¡Oh Señor, no te enojes con la brizna de hierba!
Mi nada no merece la indignación acerba
De un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
De tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada,
Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.

Hay un instante en que se desprende de todo sentimiento terreno; se borran el placer y el dolor, y el poeta asciende por "la espiral que conduce a las estrellas" hasta el "Vértice Omniradiante". Sensación de dinamismo, sugestiones de luminosidad, vértigo..... Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada en el propio instante en que toca la esfera superior.

El amante: El poeta tierno y cortés que hacía madrigales llenos de magia y rondeles airosos, deja oír todavía su voz, como desde lejos: soplan todavía hálitos de aquella selva de castillos y tro-

vadores trashumantes. Pero todo ésto es reminiscencia. El hombre de hoy es, por el vigor y aun las ocasionales torpezas, un amante verdadero:

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
Cuanto he querido fuiste para mi afán avieso....

Así decía el poeta de ayer. El amor le era afán avieso. Prefería los nombres sacados de los libros a las emociones personales. Un erotismo desbordado salpicó sus páginas con la espuma de la locura. Hoy dice:

Complacencia de mis ojos,
lujo de mi corazón...
Tú que te llamas de todos
los modos,
tú que me amas
por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente...

No encuentro mejor paralelo entre los dos instantes de la obra de Nervo. De entonces acá, mucho ha traído y llevado el viento de la vida. Una tragedia central ensombrece hoy el ánimo del poeta: que él la diga, todo sabe decirlo claro:

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fué mía;
¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Ave María,
y a la Fuente de Gracia, de donde procedía,
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Las poesías consagradas a este recuerdo, parecen escritas a gritos: son la misma voz del sentimiento. Recorre Nervo la nota cruel y la lacrimosa, la heroica y la miserable. Asocia al recuerdo de su amor el imperecedero de la madre muerta (una de las mejores páginas). Bendice a Francia que le dió amor. Se acuerda de Dios:

> Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
> es todo lo que puedo ya ofrecerte...
> Tú me diste un amor, un solo amor,
> un gran amor...
> Me lo robó la muerte...

Y tras de recorrer estas hondas galerías de su alma, alcanzamos el pleno sentido de aquella intensísima emoción:

> Pasó con su madre. Volvió la cabeza,
> ¡me clavó muy hondo su mirada azul!
> Quedé como en éxtasis...
> Con febril premura,
> "Síguela", gritaron cuerpo y alma al par.
> ...Pero tuve miedo de amar con locura,
> de abrir mis heridas que suelen sangrar,
> ¡y no obstante toda mi sed de ternura,
> cerrando los ojos la dejé pasar!

*
* *

Nervo no espera, seguramente, que su obra sea

juzgada a la fría luz del estetismo. Aparte de que su colección de versos es irreductible a la unidad: algunas de las actuales poesías valen más que otras, algunas valen menos. Sólo sería deseable que concediera algo a la miopía del vulgo literario, publicando aparte, por ejemplo, las poesías de tono humorístico y curioso, que no son, al cabo, lo mejor de su obra, aunque la completan como expresión de su ser. Más de una ininteligencia se evitaría con ello.—Por lo demás, siga su senda: a nosotros nos tocará asociarnos a las emociones de su viaje, mirándolo por transfloración en las páginas de sus libros. En otros el arte disfraza. En él, desnuda.

Alfonso REYES.

(*Revista de América*. París).


VERSOS

Amado Nervo

Amado es la palabra que en querer se concreta;
Nervo es la vibración de los nervios del mal.
Bendita sea y pura la canción del poeta,
que lanzó sin pensar su frase de cristal.

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura l'azúcar y la sal,
muéstrame el lirio puro que sigues en la veta
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.

Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mí la miel de la que soy capaz
y goza en mí la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi faz;
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa
y ten como una joya la perla de la Paz.

RUBEN DARIO.

Elegía a Amado Nervo

En paisaje lunar, con vuelo tardo,
hecha de bruma y con la mano ungida
con leve aroma y palidez de nardo,

así debió llegarse la homicida
hasta tu frente mística, poeta,
cerrar tus ojos y apagar tu vida.

Debió extinguir tu voz bajo la quieta
hora crepuscular en la que entona
el mundo en lloro su canción secreta,

y esquivando la prisa que traiciona,
con lenta suavidad trenzar su luto
en el prócer laurel de la corona.....

x x x

Miro tu rostro lívido y enjuto
cuya rosa vernal era la risa
y la voz otoñal próvido fruto.

Tus ojos comentaban la sonrisa
como subrayan himnos de la fuente
el verso sin palabras de la brisa.

Hablabas desde el sitio donde siente
el alma la visión que todo abarca:
el pasado, el futuro y el presente.

Trocaste cienos de la exigua charca
por el piélago azul, y abrió el camino
de hirviente espuma tu ligera barca;

y fuiste sin temor a tu destino,
argonauta solemne de las ondas
y de tus viejas ansias peregrino.

Retardado mensaje de las frondas
del bosque paternal, iban tus sueños
de ayer al mástil en aladas rondas;

mas presa de tus místicos empeños
miraste apenas los enjambres mudos......
¡Cuán tristes, qué menguados, cuán pequeños!

¿A dónde iba tu nave entre ceñudos
lejanos horizontes?...... Despedida
eterna parecían los saludos;

y en la materna playa estremecida,
vientos, aves, canción, rocas y arenas
fueron tras de la estela de tu vida.

Alguien dijo: "ve en paz sobre serenas
aguas; que el viento en el hinchado lino
escollos salve y huya de sirenas"....

Y con la prora puesta hacia el divino,
país do reinan las perennes calmas

echaste a andar.... Poblaban tu camino
en apretado séquito, las almas.

* * *

En nuevas playas, al sagrado monte
trepaste un día; pérfida bandada
de aves de ayer surcaba el horizonte;

rozó tu frente sin decirte nada,
y en un cándido asombro sin recelo
la persiguió en silencio tu mirada.

Se fué perdiendo en el zafir del cielo,
y tú, sobre los hielos de la cumbre,
eras plegaria que ensayaba un vuelo.

El abismo te hablaba; cada lumbre
estelar, a tus ojos parecía
un signo más allá de la techumbre;

cada silbo del viénto, melodía
de un arpa santa; un faro cada luna,
y bajel cada nube en lejanía.

Ante tu pasmo resonaba una
leve canción, como en la noche clara
materno arrullo en la oscilante cuna,

y un ímpetu sereno, fuente rara
de plenitud, se desposó contigo
cual si una voz celeste lo dictara.

Y tú clamaste: "al cabo me desligo
de la mortal flaqueza; los aludes
del mal, ya no me azotan; ya te sigo..."

Y pides alas, y a la voz acudes;
y en vez de cota de bruñido acero
revistes las teológicas virtudes.

Tomas la verde túnica primero,
coge tu mano el ancla, y ya segura
tu planta va por el azul sendero.

Ciñes después la nívea vestidura,
la cruz embrazas, y al vendar tus ojos,
haces tu ceguedad videncia pura.

Y te cubres más tarde con los rojos
mantos de caridad, ves el celaje
y sabes sonreír a los abrojos.

Y tu alma emprende el misterioso viaje,
a fundirse en el Dios en quien creía,
y nos manda su lírico mensaje
que canta en nuestras almas todavía....

Enrique González Martínez.

El Tránsito de Amado Nervo

I

Su cabeza un halo fúlgido tenía
como el de los santos..... En su corazón
una clara fuente corría, corría,
y estaba su espíritu dorado de sol.

Era como un niño cuando sonreía,
y, cuando lloraba de humano dolor,
rompiendo en perfumes su alma se abría,
como se abre al golpe del viento una flor.

En sus ojos dulces una luz había;
su mirada honda se desvanecía
en una perpetua y ardiente visión;
a veces, al cielo las manos tendía
y entraba en un éxtasis, y se parecía
a Cristo en el Huerto, cuando la Oración...

II

Tuvo el dón divino del Presentimiento;
fué un poeta a modo del Apóstol Juan;
vió las siete escalas en el firmamento,
y un coro de Angeles le enseñó a cantar.

Halló a Dios al fondo de su pensamiento,
y encontró en sí mismo la Divinidad,
como en los remotos suspiros del viento,
como en las errantes olas de la mar.

De la vida hizo llama de tormento
por purificarse de su afán, sediento
de una blanca rosa de sensualidad;
fué su voz sencilla y puro su aliento,
y siguió en las alas del Conocimiento,
hasta los Enigmas de la Eternidad.

III

El Amor fué todo para él. Amaba
a todas las cosas de un modo sutil,
y en todas las cosas veía y buscaba
a Aquél que no tiene principio ni fin.

Así, amó las bocas en que desgranaba
el beso sus rojas sartas de rubí,
y los ojos húmedos en que se copiaba,
lleno de luceros, el vasto zafir.

Y en Jesús a todos los seres les daba
el "Amor Hermoso" y hermanos llamaba
a la piedra humilde y a la flor de lis.....
Y el pájaro, junto con la bestia brava,
en su mano trigo de amor picoteaba
como en la del Padre Francisco de Asís.

IV

El era una bella jaula de poesía
en que su alma lírica, como un ruiseñor
inquieto y cautivo, cantaba y sentía
un ansia infinita de liberación.

El azul misterio del cielo atraía
sus alas sujetas a baja prisión,
y con ojos llenos de ansiedad seguía
el resplandeciente camino del sol.

Y así fué tan grande su melancolía,
que el vaso del cuerpo se deshizo un día,
como en un fragante suspiro de amor.....
Y el alma, cantando de amor todavía,
cruzó las estrellas y, toda armonía,
se fundió en el santo fuego del Señor.

ANTONIO MEDIZ BOLIO.

Amado Nervo

Eras como una lámpara que el misterio ardía,
eres como una lámpara que en el misterio arde:
para tí fué una novia blanca y azul, el día,
y una gran cortesana llena de oros, la tarde.

El dolor llegó tarde con su escolta sombría,
llegó tarde la muerte taciturna y cobarde;
deja ahora que aguarde la proterva jauría,
y que en vano la vieja taciturna te aguarde.

Como Cristo eras manso, como Cristo eras bueno,
como Cristo, vidente, como Cristo, sereno,
como Cristo dejaste clara luz en tu huella.

Y hasta el cuervo de Edgardo, que iba en pos de tu frente,
no hundió nunca sus garras en tu carne doliente...
Que hasta el cuervo, en el pico, te brindaba una estrella

Eras tú el buen Francisco, yo era el lobo del risco;
domeñáronme, amables tus palabras gloriosas:
Mira, mira, las almas en la paz del aprisco,
como ovejas nevadas sobre campos de rosas.

Yo ante el ojo del crimen, cada vez más arisco,
contemplaba a los hombres como arañas viscosas;
tú nimbado de estrellas, como el noble Francisco,
inundabas de amor el dolor de las cosas.

Yo, lo mismo que el lobo, retorné a mi montaña:
tú entre el hombre quedaste, más sereno y más puro...
Fué una tarde de invierno y en la Corte de España...

¡Me tendiste tus manos entre el hábito obscuro,
y brillaban tus manos, que hoy la eterna luz baña,
como dos crucifijos en la sombra de un muro!

Alfonso Camín.

Amado Nervo ha muerto...

Pierda la América su poeta más hondo
y más íntimo. Poesía del rosal
la espontaneidad lírica; pero, en el fondo,
su espíritu tenía del agua conventual.

Amaba la vida como un asceta
en el sentido único de plenitud,
y era—con rara sinceridad—el poeta
de toda la inquietud.

Fué el amor para él engarce y nudo,
dentro de una aristocracia de Luis;
y el amor místico lo halló siempre desnudo
y ardiente, como a San Francisco de Asís.

Ha muerto. Ante él

el Misterio no es la Esfinge incomprendible,
sino solamente un cordial ademán
a que da serenidad indefinible
el estribillo de la flauta de Pan.

Xavier Sorondo.

A Nervo

Si el árbol se conoce por el fruto,
¿cúyas son estas pomas regaladas,
tan perfumadas cuanto almibaradas,
con que al Bien y al Amor rindes tributo?

Es un pomar tu espíritu impoluto
cultivado por manos delicadas,
y sus copas se yerguen floreadas
a los rayos del Sol de lo Absoluto.

Tu libro es de virtud fácil sendero,
Manual de Perfección, Kempis austero,
fuente inexhausta de piedad bendita.

¡Bien hayas tú que en cláusulas rituales
nos evocas las frases inmortales:
"*Ego sum via, et veritas et vita*".

Juan B. Delgado.

A Nervo

Un crepúsculo exangüe y sostenido
cobija al mundo en un fracaso mudo
de forma y luz, de fuerza y de sonido,
y de sustancia y ligadura y nudo.

El vendaval inquieto es mordedura
traidora y vil sobre la carne inerme
que se desangra agónica, en tortura
por ser suave y dormir y que no duerme.

El postrimero rayo vespertino
se adhiere al mundo en fuerte desespero;
y el sol mismo no avanza en su camino,
y a los pájaros falta derrotero.

Hace daño la luz torva y menguada
que se desangra en un mísero ocaso;
el trueno inclina su cerviz cansada
y el mundo es largo y fúnebre fracaso.

Porque murió el poeta de la Calma
dando serenidad al mes de junio,
y poeta es llevar dentro del alma
una noche de eterno plenilunio,

y poeta es esencia y causa y fuente,
es desde la obsidiana hasta el cristal,
es soportar inmóvil en la frente
la raíz del paisaje universal.

Por eso es justo el mundanal fracaso
y que la Vida de pesares vista,
que el sol gotas de sangre deje al paso
y haya un fulgor de llanto en cada arista.

La brisa oculta entre su manto breve
con sus violines una gaita triste,
y en cada voz de pájaro persiste
un dejo de tristezas y de nieve.

A las rosas más bellas ha nacido
una pauta de luto en sus corolas;
hay una cruz brotada en cada nido
y ha surgido un responso de las olas.

La fiera y el reptil andan huídos
y las ovejas ya no saben de ellas,
y en los espacios, velos suspendidos
no dejan bien fulgir a las estrellas.

Sordina de dolor se ha descubierto
en la garganta gárrula del ave,
cada fontana es un salterio grave
y una espiral de incienso cada huerto.

Porque murió el poeta de la Calma
dando serenidad al mes de junio,
y poeta es llevar dentro del alma
una noche de eterno plenilunio,

y poeta es esencia y causa y fuente,
es desde la obsidiana hasta el cristal
es soportar inmóvil en la frente
la raíz del paisaje universal.

Julio 23 de 1919.

Martín Gómez Palacio.



PROSA

Amado Nervo.

"Las alas Nómades"

Con permiso del director, vuelvo a confiar mis alas nómades a la flor de los vientos. No quiero que se me acaben de poner inválidas en esta jaula de la tierra en cuyos limos protervos se arrastran penosamente, con peligro de olvidar por completo las diáfanas pedagogías de la luz. Mis golondrinas aventureras, aunque algo fatigadas ya, ensayan sus vuelos circunflejos para encontrar las rutas de Argel. Tienen sus alas pequeñas, pero voluntariosas nostalgias de azul y de horizontes marinos. Dejadlas eludir la sombra propincua antes que las abata el cierzo otoñal; dejadlas que busquen desde los techos del corredor, la vecindad celeste de la estrella y la nube. Los aterrizajes muy prolongados son peligrosos para Ariel.

Hoy el vuelo de mis golondrinas es silencioso

como el de un cuervo y sus alas están más obscuras que de costumbre. Posadas en los alambres sorprendieron la triste noticia y han querido honrar con lutos nuevos los funerales del ruiseñor; conservan sus corpiños claros únicamente para que las reconozca el bey de Túnez, si es que aun hay bey en Túnez. Por eso se ven inmóviles en las copas de los cipreses, como lágrimas turbias de la primavera desolada. La primavera llora cuando los ruiseñores desertan de sus pajareras de esmeralda, donde tantos mirlos monótonos, abusan de la filosófica paciencia lunar.

A la criatura alada que ha vuelto a integrarse en la luz, la conocí en mis ilustres días juveniles, todos vestidos de escarlata como unos príncipes locos aprisionados en la ergástula provinciana. Estábamos en plena revolución literaria, únicos alborotos que toleraba el malicioso caudillo de Tuxtepec. Los jóvenes hacían rabiar a los viejos con formas inusitadas de expresión cuyo más alto exponente era la "Revista Moderna"—oriflama que alzaba el brazo de Jesús Valenzuela, armonioso y desnudo como el de un centauro.— Los viejos se defendían rechazando a los jóvenes con la palabra "decadentistas", que desde entonces se aprovechó como un elástico recurso para condenar y burlarse de lo que no se entiende. Nervo se hallaba entre estos últimos. Decía sus "Místicas"

únicamente, pero teniéndolas abiertas sobre el facistol de las tentaciones y distrayéndose con la voz de las vírgenes que cantaban en el coro. Era un jardinero ingenuo y ardiente que reconocía la bondad divina en el olor de las azucenas.

La "Revista Moderna" me atraía como Circe a los compañeros del sutil Odiseo. La veía tendida con su cuerpo de concha-nácar cabrilleando en una playa de Corinto, y soñaba, con la sacra complicidad de la luna, en penetrar sus secretos de bestia y de diosa. Mi fuga de la casa paterna era inminente y Rubén Campos me gritaba como un tritón amistoso desde las cavernas azules:

"Ven, escogido artista, a beber nuestro vino,
A partir el pan blanco del cordero divino..."

y tomé al pie de la letra la invitación. Fuí comensal de la última cena; me senté con los apóstoles y entre dos libaciones me edificó el discípulo Amado, con los milagros de Cafarnaun, y la hermosura impregnada de sándalo de la Magdalena... Tienes barbilla de canónigo —decía el catecúmeno melancólicamente alguna vez, pasando la trémula mano por la cara de otra Magdalena no arrepentida aún, y propietaria de copiosos mofletes.

En aquella época, era Nervo flaco como un sarmiento, de paso cansado y voz lenta y grave de predicador; carilargo y el pómulo saliente; usaba

bigote más campesino que ciudadano y una luz bondadosa en la mirada que se teñía de fina malicia, de cordialidad, de agudeza. Era pálido y amarillo, con "la palidez de los olivos provenzales." En suma, profundamente simpático y con un franco sello de distinción, a pesar de su indumentaria, un poco lejana de Brummel. "Qué feos somos tú y yo —le decía a Urbina con su voz mansa, embozada en intencionada sonrisa— pero con esta diferencia, que mi fealdad algo se atenúa a partir de las once de la mañana; tú permaneces feo todo el día."

Después de las "Místicas", escribió Nervo su poema del Prisma Roto, que ha quedado hasta la fecha sin compañero en la historia de nuestra delgada bucólica y el cual me propongo reproducir en la página literaria de este periódico. Un soplo de los cantares, parece despertar músicas hebreas en la fronda susurrante de las églogas.

El verso —su forma superior de expresión— no le impedía hacer crónicas semanarias en "El Imparcial", cuentos y novelas cortas como "El Bachiller" y "El Domador de Almas." Su talento se prodigó en artículos de diversa índole para los periódicos y con el pseudónimo de "Prevostito", escribió aquellas admirables "Cartas de Mujeres", llenas de penetración delicada y sutil.

Su primer viaje a Europa nos dió "El Exodo y las Flores del Camino", índice espiritual del viandante cuyo corazón maravillado se quedó en las cosas vistas y adivinadas. A esa época pertenece igualmente "La Hermana Agua", donde toma una significación más concreta esa tendencia panteística que da tan alto valor a la obra entera y cordial.

La última vez en que este Fray Rosal de las Misericordias se deja tentar por las mundanas concupiscencias, es en aquellos célebres juegos florales de los que fué mantenedor Jesús Urueta. Aún pertenecía al siglo el autor de "Luciérnagas" y de "Lubricidades Tristes" y recién llegado de París, traía en su breviario, junto a una vieja estampa del Señor, la imagen pecadora del bienaventurado Verlaine, en la vastedad de cuya frente se alternaba la luz y la sombra como en un hemisferio terrestre. Entonces le oímos a Nervo aquel poema que comienza:

"Aquella tarde en la alameda, loca
de amor la dulce idolatrada mía
me ofreció la eglantina de su boca....
Y el Budha de Basalto sonreía."

El poeta renunciaba por momentos a las pompas del mundo. Quizá sorprendió un seno de su musa mordido por el cáncer como el de la que-

rida de Raimundo Lulio y veía que todo era vanidad revolcándose con voluptuosidad suprema en las cenizas del Eclesiastés.

De aquí principia la ascención melancólica a la montaña santa, en cuya cumbre cortó el trébol insigne de "Serenidad", "Plenitud" y "Elevación", que hoy perfuma con mirras eclesiásticas, la rigidez de su mortaja. Ni duda que las últimas palabras de Nervo, fueron cada vez más puras y transparentes, como los huesos de las monjas muertas en olor de santidad. Sin desconocerlo, yo prefiero al Nervo inquieto del Exodo, al Nervo vibrante y enamorado que confunde a las abadesas con las eloísas, al Nervo faunesco y azulenco, que en los días alcioneos de mi juventud, pálido de ansiedades y de deseos, coronaba la frente de la vida, con violetas crecidas entre los pies de las ninfas y dobladas por la pezuña de Pan.

Aun la hora de la gracia no ha sonado para mí, y el rumor de la vida sigue colmando las pausas del corazón.

Por eso he querido en esta elegía gentil, evocar al Nervo de los años mozos, al Nervo que por encima de la muerte, cantaba a la orilla de los senderos alucinados:

"Gitana, flor de Praga, diez kreutzers si me besas......"

Rafael LOPEZ.

Amado Nervo

Acabo de leer un cablegrama confirmando la muerte de Amado Nervo.... Después del doloroso estupor y del hondo pésame producido en mi ánimo por la fatal noticia, tras de la consideración de que la muerte debe haber sido acogida mansa y serenamente por el poeta de "Serenidad", mi pesadumbre se transforma en recogimiento evocador, en melancólica regresión al pasado para rememorar al amigo y compañero que, muerto, da a la patria tanto luto como gloria le diera vivo.

De poco más de veinte años data mi primera impresión de Amado Nervo, cuando de la Provincia nativa llegaba a la metrópoli mexicana sin otro antecedente literario que su colaboración en oscuro periódico local. Traía Nervo en su persona cierta distinción de raza que impresionaba, a pesar de cierta ingenuidad candorosa que nunca le abandonó y que él supo armonizar más tarde, hasta con la solemnidad de los actos

públicos y la diplomática gravedad. Venía de un seminario, de uno de los últimos que funcionaron en México, y la suavidad unciosa de su voz y de sus maneras no era ajena a la del jesuítico "Camino de terciopelo" que analizara, a propósito de Pascal, el maestro disociador de ideas, Remy de Gourmont. Pero Nervo, en esa época de su vida, fue un tanto jansenista, y su musa solía escotarse como la princesa de Guémené. Mucho tiempo debía aún pasar, mucho dolor debía acumularse en el alma del poeta, para que exclamara, ya en otro plano de la vida:

"Porque hasta el mal en mí, dón es del cielo,
pues que al minarme va con rudo celo,
desmoronando mi pasión también;
porque se acerca ya mi primer vuelo"....

Sin embargo, y a pesar de las modas de la época, de la sensualidad que el parnasianismo erigía en cánon de arte, del frenesí de goces en que la juventud de entonces, agobiada por la dictadura política desahoga el "trop plein" de sus energías; no obstante los "Paraísos Artificiales" del aciago Baudelaire, todavía no sustituídos por los gimnasios, los deportes y la estricta dignidad, fisiológica y social, de la vida del artista moderno, con todo ello, Nervo, indulgente y atemperado,

pasaba como un melancólico caballero del Greco por aquella incesante kermesse flamenca....

Un melancólico caballero del Greco, de los mismos que decoran con mística elación el "Entierro del Conde Orgaz", parecía, en efecto, Amado Nervo. Lo parecía por su figura cenceña y nerviosa; por su palidez ascética; por el largo óvalo de su rostro, de noble nariz prócer, de finos labios, de singulares ojos en cuyas miradas ardía el genio con diafanidades candorosas, con iluminaciones de éxtasis.... Dos expresiones características tenía, cabalmente, el rostro de Amado Nervo, una de jovial bondad, otra de éxtasis puro. Frecuentemente, en medio de una conversación, los ojos del poeta dilatábanse, fijándose en lo alto, con una expresión enteramente ajena al asunto que se trataba.... Era que la activa vida interna de su alma, en perpetua combustión ideal, desbordaba, como un incensario lleno de mirra, poblando el azul de visiones, de ritmos, de imágenes que sus pupilas seguían, como los ojos de los videntes de Swedenborg siguen a los ángeles musicales que pueblan el éter......

Los principios de Nervo en la literatura fueron penosos, rudos, más por lo que se adivinaba que por lo que se veía, velado delicadamente por el poeta que imprimió a su vida íntima hermética dignidad. Para vivir y para hacer vi-

vir a los suyos se dejó secuestrar por el diarismo, y aún giró algún pequeño comercio en el que fungía como tenedor de libros...... Sarcasmo social bien frecuente. Asunción Silva fabricando baldosines de cemento y Amado Nervo en el comercio al menudeo! Pronto, afortunadamente, pasaron los días adversos. Nervo era un admirable trabajador, y cada vez con más firmeza revelaba su numen lírico, su fácil prosa, su laboriosidad de traductor, en diarios y revistas. Entiendo que fué José Castellot, el amable y venerable viejo traductor del "Rubayar", de Omar Kayam, prócer entonces en las finanzas, prócer siempre en la inteligencia y en la generosidad, quien puso fin a las tribulaciones de Nervo, dándole un puesto en una institución financiera. Casi al mismo tiempo Jesús Valenzuela (otro gran corazón semejante al de Castellot o al de Jesús Luján, amigo de Nervo, de nosotros, corazones que ya no se fabrican para la humanidad), asoció a Nervo en la "Revista Moderna". El franco buen éxito llegó entonces para el poeta que, sucesivamente y en corto tiempo, publicó "El Bachiller", novela, "Perlas Negras", "Místicas", partiendo en seguida a España como Secretario de Legación. Fue entonces, cuando comenzó, con la madurez del artista, el esplendor de ese genio poético que admiran todas las na-

ciones de habla española, que proclamó Rubén Darío, que confirmó Miguel de Unamuno, que analizó Alfonso Reyes, que todos sentimos y admiramos y que está encerrado en esos volúmenes titulados: "El éxodo y las flores del camino"; "Lira heroica"; "Los jardines interiores"; "En voz baja"; "Serenidad"; "Elevación"....

Tras de largos años de separación, vi hace meses a Amado en México y en Nueva York. En México, en el alcázar de Chapultepec, donde el Presidente Carranza despedía con un banquete a las misiones diplomáticas que partían para Sudamérica, y de una de las cuales, de la de Argentina y Uruguay, era Nervo el jefe ilustre y dignísimo. Entre una veintena de diplomáticos allí reunidos, Nervo, que ha muerto de cuarenta y nueve años, era el decano. Después de comer, discurriendo por las terrazas del alcázar, cuya leyenda se pierde en los fastos imperiales aztecas, admiraba, de codos en una balaustrada, el esplendor de la ciudad, tendida a lo lejos, en el divino panorama del valle de los Lagos Muertos y de los volcanes inmortales. La grave voz de Nervo, que se había acercado, resonó a mi oído:

—José Juan, hemos viajado mucho tú y yo, y ahora emprendemos otra jornada. Ojalá y fuera

el término de la última este nuestro México divino....

Sus ojos en éxtasis contemplaban hondamente el valle prodigioso, como para aplacar las nostalgias futuras con la mirífica visión.... Por decir algo, repliqué:

—"Les hommes souffren le tourment"....

Y él completó:

—...."d'avoir voulu changer de place!"

Y una sombra de tristeza pasó por sus grandes ojos iluminados.

Todavía volví a ver a Amado en una fiesta neoyorquina, en casa de la soprano Carmen Cornejo, que cantó deliciosamente música de nuestro Miguel Lerdo de Tejada. Por última vez vi a Nervo, unos instantes, en un carro del "subway".

Cómo lo hubiera apretado entre mis brazos, entonces, SI HUBIERA SABIDO!...

Hoy no hago más que repetir dos versos suyos a la Esperanza, tal vez a la muerta a quien tánto amó.... dos versos que revuelan en mi espíritu consternado:

"¿Verdad que he de encontrarte con la muerte?
Si lo sabes, ¿por qué no me lo dices?"

José Juan TABLADA.

Mayo 29 de 1919.

"El Diario Nacional", Bogotá.—Lunes 2 de Junio 1919. (Colombia).

Responso

Si es cierta, ¡oh, Amado Nervo!, como lo soñó tu hermano lírico Bilac, la transmutación de las almas en estrellas, tu espíritu purísimo fulgura ya en el dorado regazo de las Piérides!

Es verdad que no encenderás ya el lampadario de tus rimas ante el ara ideal de la Tristeza, es cierto que tus cantos de esperanza y de fé no volverán a hacer que nuestros ojos se asomen al misterio del Amor y la Muerte, los dos abismos que tanto te deleitabas en sondear. Pero sobre la desoladora evidencia de tu viaje definitivo embarga nuestro ánimo la satisfacción de haberte visto realizar tu más hondo anhelo, tu más intenso y definitivo ensueño: el que siempre llevaste por la vida a flor de alma, el de descifrar el enigma, que como un cancerbero invencible, custodia el "más allá". Al fin, como tan grandemente lo ansiaste, estás ya en presencia de "Aquel" "que es nieve en las azucenas y sangre en los claveles", como tú mismo decías.

Al cabo has llegado tal vez a aquel mar sin orillas en el que en un momento de supremo dolor creías ver a la adorada figura maternal, buscando en vano una ribera en que poder posar la planta peregrina.

Esa tu fiebre de misterio, ese tu afán de escrutar el "enigma sombrío," que se avivó más desde que partió de tu lado el cantor de los cisnes, palpitó siempre en toda tu obra. El trágico ademán de "El Bachiller" ¿qué fué, sino un deseo de perfección, de purificación, de conservarse digno de llegar a la muerte ungido por la castidad evangélica? Y en tus "Místicas," ¿no es la Hermana Melancolía tu pobre alma cautiva que como la Santa de Avila "muere porque no muere"? Los desgarradores gritos que allí encerraste revelan el escozor espiritual que te empujaba a buscar el arcano al igual de los ascetas cuyos libros, después de tus meditaciones, escoliabas con trovas tan dolientes como la que consagraste a Kempis. Ya ahora te hallarás convencido de que "el hombre pasa como las naves... como las nubes, como las sombras...!"

Panteísta impertérrito, siempre tuvo tu labio una loa para el Hacedor Supremo; sobre "todas las frentes" distinguiste el "santo sello"; en tu flauta de panida se encontró constantemente una

armonía para todo lo creado; la "Hermana Agua" no te hechizó solamente en el desgrane de sus collares en los surtidores versallescos o en el desmelenamiento leonino de las cascadas; optaste por exultar el modesto granizo, la ingrávida escarcha, y así tu corazón seráfico, hermano del "varón que tuvo corazón de lis" hizo realidad la "florecita:" pudiste alcanzar los cedros del Líbano pero preferiste acariciar el humilde hisopo de los valles.

Luego tu pálida novia la Neurosis de que te hablaba Olaguíbel, en "Perlas Negras," te condujo a través de los maravillosos países con que tal vez venías soñando desde los claustrales corredores de tu colegio de Michoacán y cuya magia te cantaban con sus lenguas de plata las ondas marinas al pulir el granito de las rocas de Mazatlán.

Entonces tu estro alcanzó las fulguraciones más intensas de la imaginación juvenil. Tu mano ávida recogió "las flores del camino" y ellas esparcieron sus fragancias en tu ánimo. Gemiste de dolor al ver verdear entre la bruma las costas de Irlanda; tu musa se transformó en una vírgen de Ossián al vagar por los legendarios bosques de Escocia ; tus ojos se inclinaron sobre la Biblia en la modorra del domingo londinense, hasta que caíste al amado París de todas tus ilusiones y entonces tu acento fué el mismo del ruiseñor que

enseñó al "pobre Lelian" sus "romanzas sin palabras", Allí te esperaba un alma gemela: la de Rubén Darío. Allí, a lo largo del Sena, sentiste la angustia de las pálidas muchachas a quienes sorbe la sangre el vampiro de la tisis; allí viste la nívea corneta de aquella hermanita que semejaba "una plegaria que cruza por la vida" y allí mismo, con el liróforo de Nicaragua, según lo recordaste en el responso a tu hermano muerto, al ambular en medio de la noche al margen del río lírico "engarzados en el oro de un común ideal" vieron a veces brotar sus versos juveniles "como brotan dos rosas a un tiempo en un rosal."

Después, dejando los cendales de la niebla discreta, desdeñando las "gitanas, flores de Praga" en cuyos labios temblaba el beso como en las grietas de las frutas en sazón la miel de la madurez, alcanzaste al fin "las laderas de la montaña augusta de la serenidad." Y entonces te perdiste en el limbo de lo inmaterial y desde allí enviabas a la tierra poemas más diáfanos que el aljófar matinal. Ya se trocó en fruto la flor; ya para aquellos días exclamabas:

"Siento que algo solemne va a llegar en mi vida:
¿Es acaso la muerte? ¿por ventura el amor?..."

Ya también el sereno estanque de tu alma se poblaba de nítidos lotos., tan albos y odorantes

como los que vieron surgir en sus conciencias Ruysbroeck o Gustavo Dros. Tu acento se tornó suavísimo. "En voz baja" oraste de rodillas aguardando la palabra que diría "el Abismo." Estabas confortado con la esperanza "pan nuestro cotidiano," pero antes de emprender el retorno definitivo, quisiste dejar tu testamento poético, tu "Pliego de mortaja" de misericordia y de amor. Y ofreciste a los hombres el franciscano haz de "Plenitud" en que parece flotar el perfume sagrado de las flores crecidas en los jardines de las teogonías hindúes, desleído en el incienso del cristianismo.

Atаño habías trazado estupendos cuadros de la vida real. Antaño arrancaste el llanto a nuestras mujeres con esos poemas en prosa en que la existencia cruel desgarra los corazones con sus zarpas de tigresa. "Los dos claveles" constituyen una página de tan honda emoción, que de algún tiempo a esta parte no se ha escrito en México otra igual.

¡Descansa en paz!.... Sobre los ditirambos de las sociedades literarias, de las elegías de ocasión, de los panegíricos hueros, descansa en paz!

Ya ahora sabes "a donde van los muertos;" ya puedes decir, pues que se acercó tu primer vuelo: "¡Gracias, está bien!"

Gracias, repetimos nosotros por tus bondades ingénitas. Y cual expresaste tú de uno de tus benefactores, sólo decimos que tu mejor epitafio es el del Libro de los Libros que tánto leíste: "Pasó haciendo el bien...."

José de J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ.

La Magia de Nervo

Se me acababa de revelar la magnitud del estro de Samuel Ruiz Cabañas. A la una de la mañana, todavía dentro del gozo de la revelación, regresaba a dormir, cuando un periodista me dijo: "Le voy a dar una noticia que le impresionará mucho: murió Amado Nervo." Contra la previsión del informante, quedé impasible. En ello reconocí la eternidad del muerto, porque vivir o morir es secundario para él, en presencia de la perpetuidad de su obra. Para mí, él es el poeta máximo nuestro, y nadie puede lastimarse si lo digo, pues hablo, más que de otra cosa, de las preferencias del corazón. En aquella hora de que vengo platicando, busqué en el cielo la Lira.... No la encontré.

Aún vivía él cuando me tentaba el deseo de formular mi disentimiento de su labor de los últimos

años. Me abstuve, empero, por no lastimarlo en su carne mortal. Hoy, si me escucha, me entenderá, viendo en las salvedades de mi individual sentir la honradez de mi alabanza. Filialmente, (ya que él, con el Duque, nos inculcó los principios poéticos y nos enseñó los áulicos ademanes del espíritu), me confieso rehacio a sus prosas y a sus versos catequistas, alejados de la naturaleza artística y, en ocasiones, en pugna con ella. El propósito de consolar, por máximas de mayor o menor crédito, paréceme extranjero en la estética, que se atiene a su propia virtud melódica para aliviar las fatigas y los desamparos adamitas. Creo que de la confusión de estas normas surgieron sus renglones postreros, sin la carne mágica y sin el pescado sideral. *En paz, El día que me quieras, Si Tú me dices vén,* son, ciertamente, egregios poemas, pero en ninguno de ellos se especula. Fulge en ellos la entereza del poeta, sin atrofia de doctrina, sin teoremas que humillen la conducta humana, sin gravidez de locución, sin rodeos a la invencible inquietud. Este es para mí el Nervo encantador que me sé de memoria, pleno, sobresaltado, místico, abundante de gracia, fiel a sí mismo, de urbanas y ágiles maneras, amartelado con cada creatura, y que por la concurrencia de todos los atributos en su mirada sin velos pudo cumplir el encargo de los

poetas, trágicamente sacerdotal, mortalmente funambulesco.

Yo amaba de tal modo a nuestro as de ases, que cuando lo sentí desleírse, dejé su lectura. De tal modo, que me resistí a hablar con él, por guardar su fantasma, y solamente por causa insuperable lo traté, al fin, en una noche del pasado octubre. Una magnética señora, hecha de blanco, de negro y de verde, juntaba las miradas masculinas en su tricromía. El, monopolizándola, nos privó de ella... Hoy que se han apagado los ojos del adivino, los nuestros, encendidos aún sobre la tierra bruja, le abonan aquel daño.

"Tu dios es muy abstruso; yo prefiero tus labios; dame un beso". Estas palabras de Blanca al teólogo de *Los Jardines Interiores*, resumen el secreto de su categoría de fascinador. Idealismo o realismo son cuestiones accesorias para el verdadero poeta, que no trata de anteponer los atributos a la unidad específica, ni ésta a aquéllos. El filósofo puede descomponer los séres; al poeta no le interesa, en función principal, ni le

está permitido, porque su naturaleza es, ante todo, la integridad. La naranja no es, en la lira, positiva ni aristotélica: es, simplemente, naranja. Una sola cosa sabemos: que el mundo es mágico. El Dios mayúsculo, los batallones politeístas de demiurgos y de demonios que pueblan el éter, los santos ángeles custodios, nuestros prójimos y lo que pretendemos gobernar, harmonizan el pulso orgiástico del día y de la noche. Vamos de la vigilia al sueño como del deleite de un rubí al encantamiento de una perla. Despiertos, precisamos la cítara; dormidos, remedamos la palpitación nebulosa de las cuerdas. ¿Qué hacemos sino vivir en un donjuanismo trascendental?

Eso hizo Nervo en grado heroico, trenzando con la facultad heliotrópica la potencia nocturnal, y esa es la clave de su rango. En consecuencia, mi impasibilidad ante su muerte es el polo contrario a la apatía: es la fusión hímnica de las energías reverenciales.

Nuestra dicha reside en que el rotundo universo, lejos de ser razonable, cada mañana resucite investido de la radical intriga de esas herméticas que nunca hemos sabido poseer con destreza. Si del misterio nos alimentamos, que se tupa hasta

en los episodios que el criterio ramplón juzga averiguados. ¿Por qué nos hechiza un brazo? ¿Por qué algunos estadistas predican lo sublime pedestremente? ¿Por qué el pez rojo no se despinta en el agua? Al tomar un baño ruso, asistí, en un atardecer, a uno de estos enigmas, fundamento del sabor de la vida, explicados de antemano por las gentes insulsas. Bajo los focos incandescentes, un caballero sujetaba a un pequeñuelo suyo para obligarlo a recibir la regadera; el niño, aleteando con el brazo libre, lloraba simpáticas desesperaciones; seis bañistas se interrumpieron, para contemplar, en una inmovilidad indefinida, el drama de la ranita. Aquellos hombres tenían encima citas galantes, negocios y rosarios, y todo se olvidaba merced a una miniatura de Adán. ¿Cómo el hombrecito gemebundo podía parar, con su pie de alfeñique, la codicia, la oración y el placer?

En tal bruma, trivial por sus figuras exteriores, ingente por su médula, respira la poesía moderna, satisfecha de sus sobresaltos sin pausa. Nervo respiró, como pocos, en la deliciosa congoja de confundir todas las nociones de cultura en el esqueleto de lo vital. La cabellera de Leonor, los duelos danzarines, los saraos mortales, la gitana de Praga, la sonoridad del ataúd materno, el sollozo del viento en la torre, el portal y el huerto

llovidos, la neurótica enlutada, la estrella de Belén, las hostias perseguidas del mártir, las cornejas en el desván, el crucifijo y la pistola, Luis de Baviera, el alma de las tumbas, las caderas rítmicas de Adela, el edén escondido en los pliegues de la sombra, los misales y los cuatro coroneles de la reina, forman el repertorio del prestidigitador, su repertorio de alucinantes vértebras.

Su seña particular es la coquetería. Embozada, impropia para convertir los bastones en víboras; apta para sacar del tintero lunas bienhechoras. Sus suertes, dinámicas todas, se disimulan en giros dóciles, emanados de la penumbra seminarista y fomentados en la curvatura de la experiencia patética. Uno de sus recursos capitales estriba, justamente, en fingirse imperito. "¿Cómo creer, marquesa, que vuestro afán responda a mi afán?" Aquí se oculta la espada, como bajo el manto de los obispos feudales. Esta marquesa, ante quien él comparece agobiado de ineptitudes, es representativa de las almas que lo leen, marquesas cautivadas por el sortilegio de su peligrosa modestia.

En la técnica y en el fondo, su poder consiste en su maña. Hay númenes que imperan gracias al violento azafrán; él impera porque es el bachiller que conoce la combinación de la caja de caudales.

Vano sería honrarlo por elocuencia. Derrotó a la palabra, ciñéndose a decir lo que nacía de la combustión de sus huesos. Satisfizo el calosfriante deber de erizar los cabellos al roce del rito funámbulo. Jugó los bastos asirios, las copas de Pompeya, las espadas vigilantes del Santo Sepulcro y los oros gandules. Lo honramos por justicia.

Te honramos porque barajaste los cuatro horizontes como las cuatro letras con que se escribe la Vida. Te honramos, oh mago, porque en el ejercicio espeluznante de la belleza necesitamos robustecernos minuto a minuto. Porque la insidia de lo torpe no cesa. Porque la miseria se obstina en degradarnos. Porque al huir del firmamento visible un luminar, los heliotropos de las almas han de exhalarse. Oyenos y fortifícanos.

Ramón LOPEZ VELARDE.

El Milagro de la Serenidad

¡Vivo sin vivir en mi
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero!

SANTA TERESA.

Fué un velo tan único y tan maravilloso el que Amado Nervo tejió con rimas para Nuestra Señora de la Agonía, que los dedos fríos habrán cerrado los párpados del poeta, con una caricia piadosa.

De la única visita que hice al médico de almas, sólo conservo la impresión viva y extraña de sus pupilas. Ojos de infatigable enamorado del misterio con luces de un fuego interior claro y constante..... Pupilas de algún lienzo vetusto, de un verde enfermo. Un verde adquirido en la contemplación de los mares infinitos del ensueño. Las manos que, en cada página de su vida ejemplar, miniaron la inicial aristocrática de un canto, se movían en la sombra como largas hojas marchitas. Tenían el color amarillo quemado de los viejos infolios y al abrirse en cansados gestos, tenían el ademán de bendecir. Me ocurre que desde la penumbra de su aislamiento, Nervo debió

pensar con Rodenbach: "...Manos pálidas que tienen ademanes benignos de unción y sacerdocio, ya sin rasgos humanos".

La espaciosa frente surcada por la huella imborrable que deja la meditación honda y el pensamiento elevado, era pálida y elocuente. En sus arrugas anidaba un viejo dolor resignado y sus líneas estaban modeladas por la mano fiel de la tristeza....

En aquella tarde, hablaba de la Muerte:... "Tomaré de su copa —decía el Maestro— como quien recibe el bálsamo de una vida mejor". El silencio y la sombra invadían la sala y un viejo violín gemía muy lejos.

—"Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo, mientras yo de rodillas oro, espero y me callo, para oir la palabra que el abismo dirá.... Era la plática, como un ligero rozar de alas. El poeta se complacía en bañar nuestros espíritus en el agua misericordiosa que él bajó de las cumbres heladas de la serenidad.

—"Me siento viejo—continuó—mas la aurora del día anhelado, no estará lejana. Mientras tanto, prodiguemos nuestra riqueza, nuestras sangrientas rosas de amor......"

La noche con todos sus secretos nos envolvió tímidamente y el violín lejano y viejo dialogaba con la luna.

Entre el canto rojo de los besos, bajo el rezo de monja de la lluvia, en las horas de meditación y en los minutos de alegría, la Muerte surgió siempre como un pésame y envolvió en inquietantes misterios la metáfora de Nervo.

Por eso, al robárnoslo para sus dominios, debió conducirlo en una góndola de sueños sobre el mar infinito de la eternidad.

Murió en una mañana de primavera, temblorosa de vida y deslumbradora de sol. Y como Lord Byron, debió pensar en su minuto postrero: "Now I must sleep...."

En la estela del barco que nos devuelva su arcilla, la noche deshojará un encantado madrigal de estrellas.....

Manuel HORTA.

El Embajador de la Poesía

He aquí la gran sorpresa literaria. Amado Nervo triunfa sonoramente en Buenos Aires. El poeta del silencio es aclamado en la ciudad del ruido. Sus estrofas ascéticas liban miel, como las abèjas de Platón, en labios femeninos y pintados.

Entre las damas argentinas se promueve un apostolado poético, vestido de frivolidad, perfumado, enjoyado y galante. En la *pelousse* del Hipódromo, como en la playa de mar del Plata, bellezas suntuosamente otoñales y muchachitas frágiles y lánguidas repiten, a la hora del té, la poesía a Kempis:

"Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste."

¿Cómo se ha producido este fenómeno lírico-social, que recuerda, por su entusiasmo femenino

y sus mundanas pompas, los milagros de Port Royal y de Rambouillet? Buenos Aires es actualmente la ciudad más lujosa y frívola de América y quizá del mundo. Mitad francesa, mitad yanqui, adora la elegancia, como París, y codicia el dinero, como Nueva York. En sus parques, jardines y avenidas, millares de automóviles lucen la suave y gloriosa carga de hermosuras espléndidas. Joyeros y modistos rivalizan en fantasía y carestía. Centenares y centenares de hoteles y "villas" ciñen la gran ciudad, como un anillo gigantesco de ocio, comodidad y placeres. Los bailes, las *kermesses,* las fiestas galantes se suceden, como en Versalle o Fontainebleau.

El espíritu de sus damas, cultivado en la gracia y en el lujo, parecía más inclinado a la coquetería y al *flirt* que a las meditaciones filosóficas. Pedía el reinado de poetas, cortesanos y eróticos, como Lafontaine o Pedro Aretino, y aclama a un franciscano de la lírica, como Amado Nervo.

Cuando Víctor Cousin, cansado de filosofía, se internó en los jardines de la Historia, desdeñó lindamente los bosques griegos y romanos y quiso escudriñar las tentaciones del Trianon.

Sus estudios sobre la señorita de Lespinasse y sobre la marquesa de Sable, tienen todo el encanto de la amenidad y toda la autenticidad de los archivos. Probablemente son lo más completo, sagacísimo y feliz de la gran época, sin excluir el "Port Royal", de Saint Beuve.

Cousin explica aquella evolución femenina—que impulsa a tanta dama insigne a redimirse de frivolidad en las aguas lustrales de la reflexión—por una especie de gracioso remordimiento.

Las *Máximas,* de La Rochefoucauld, y el jansenismo, de Pascal, son las dos alas con que vuelan aquellos querubines del amor y de la coquetería.

En poco tiempo, todas pasan del ocio a la meditación y de lectoras curiosísimas a escritoras infatigables, algunas de ellas inmortales, como madama de Lafayette.

¿Se opera entre las damas de Buenos Aires una conversión parecida? A juzgar por las crónicas y fotografías de sus revistas y diarios, se está, a lo menos, en la primer fase. Amado Nervo es el poeta de moda. Sus versos se recitan en todas las fiestas. Su retrato está en todas partes. Diariamente recibe postales, cartas y visitas femeninas. Se le llama "El Embajador de la Poesía". Se lo disputan los salones y los fotógrafos. En las librerías no queda un volumen suyo.

Vemos al gran poeta, enjuto y correcto, en la boca un "rictus" de monje, en los ojos una suave indiferencia estoica, abrumado, rendido de este homenaje sin espíritu ni cordialidad.

Precisamente estos ruidos llegan cuando su alma está en pleno recogimiento. Esta moda, cuando madura su renunciación. Estos óleos y bálsamos de Judea, cuando todo él está enclavado y mana sangre por los cuatro costados de su admirable lira ascética.

Pero aun así, la nueva parábola agitará el remanso de sus aguas benditas y generosas. Y este sereno "Embajador de la Poesía" sonreirá, como Marco Aurelio en sus tiendas de la Panonia, cuando una espléndida otoñal, o una damita frágil, como un efebo, le recité, curiosa y sin emoción.

"¡Oh, Kempis, Kempis! ¡Asceta yermo,
pálido asceta! ¡Qué mal me hiciste!
...¡Ha muchos años que vivo enfermo
y es por el libro que tú escribiste!"

Compuesto ya el presente artículo se recibe la infausta nueva. Amado Nervo ha muerto. La canción tórnase en epitafio. Las letras se convierten en lágrimas.

Trasladado a Montevideo, el gran poeta rindió su espíritu apacible entre el bullicio de las fiestas. El franciscano de la lírica muere como un poeta del Trianon. Las Musas le negaron el retiro conventual del Tasso y el huerto de Fray Luis. Pero le abrieron, como a ellos, con llave de oro, las puertas rutilantes del "inmortal seguro".

Cristóbal DE CASTRO.

Amado Nervo

Amado Nervo ha sido un místico de la poesía. Al finar su tránsito terrestre había vuelto a las elíseas regiones el melancólico desterrado en esta vieja bola por donde pasó con los ojos en éxtasis perenne. Ya voló a las estrellas, su patria natural.

Fué uno de nuestros maestros juveniles. Su poema *El metro de doce* nos enseñó los prodigios de gracia y de ondulación que se pueden realizar con los ritmos armoniosos. *El Padre nuestro por el rey Luis segundo* nos hizo sentir la exquisita espiritualidad del matiz, de la hiperestesia lírica:

Aquí fué donde el rey Luis segundo
de Baviera, sintiendo el profundo
malestar de invencibles anhelos,
puso fin a su imperio en el mundo...
¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Es una oración poética solemne y ungida de emoción, grave como un canto litúrgico y aroma-

da a veces con un perfume de voluptuosidad enfermiza. Y también de una alta elocuencia víctorhuguesca:

Sólo Wagner le amó como hermano
sólo Wágner, cuya alma oceano
su conciencia inundó de consuelos,
y su vida fué un *lied* wagneriano...
¡Padre nuestro que estás en los cielos...!

El melancólico rey Luis, el narciso poeta que se fué de la vida por propia voluntad, ha tenido la más bella oración fúnebre, por la gracia de este gran poeta que se acaba de embarcar en el esquife negro de lo desconocido. Seguramente, en el instante de partir, cuando ya nuestros ojos comienzan a ver las luminosas perspectivas astrales, la sombra sutil y dolorosamente femenina del rey-narciso habrá venido a recibir a su poeta.

Nervo fué un gran poeta, ni español ni americano, a pesar de haber nacido en México y cantar en la lengua cervantina. Fué un gran poeta de alma gala, principalmente en los primeros libros. Fué el alado lapidario de joyas bambillescas y de gemas verlenianas:

Esta niña dulce y grave
tiene un largo cuello de ave,
cuello lánguido y gentil,
cuyo gálibo suave,
finge prora de una nave,
de una nave de marfil.

Y después:

Cabecita auri-rizada,
hay un hueco en la almohada
de mi tálamo de amor.
Cabecita de oro intenso,
¡qué vacío tan inmenso,
tan inmenso en derredor!

Después de esta época exquisitamente preciosista, en que el verso tiene un propio valor de joya artística, aparte del contenido sentimental e ideológico, Amado Nervo alcanza su mayor altitud poética. Es el momento de *La hermana agua* y *Serenidad*. Su musa ya no se deleita con las galas orfebrerías y los caprichos funambulescos de la forma. Su alma obtiene la plenitud y se funde con el alma universal. Es un orto religioso que se abre en el corazón del poeta.

Desde entonces, Amado Nervo es un asceta del verso, un solitario de la meditación, un místico de las estrellas, un santo del Ideal. Es un panteísta cristiano iluminado por un amor evangélico a nuestros hermanos menores, los animales alegres e inocentes, y para los feroces, esclavos del instinto y de los imperativos de su especie; para el agua clara que fluye, para la piedra dura e inmóvil, para la nube, para la flor, para la tierra. Es su alma amorosa que se funde en el amor del alma universal.

El misterio —esa voz que nos llama entre la sombra, esa mano invisible que nos acaricia, ese hálito glacial que roza nuestra frente— inspiró al poeta estrofas henchidas de interrogaciones al más allá. Acaso era un iniciado, o un sensitivo, o más aún: un clarividente de las altas zonas teosóficas.

Por filósofo, por poeta hondo, por aristocracia estética, Nervo no fué popular, o al menos no pudo ser plenamente comprendido por las muchedumbres. Su nombre tiene una gran resonancia en América y en España; pero su obra acaso no es lo suficientemente conocida. No escribió *cosas* de teatro, que es la condición que se nos impone a los poetas, para que nuestro nombre tenga el honor de ser repetido por los vulgos.

El poeta ha puesto su planta en la otra ribera, en la zona de la eterna luz, o de las imperecederas tinieblas, ¿quién sabe? Nosotros, antes de darle las buenas noches para el sueño de los siglos, queremos rezar una oración por el alma, toda azul y resplandor del poeta, que antes supo rezar tan bella oración fúnebre por el alma del rey narciso y soñador. *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado......*

E. CARRÈRE.

En el "Lararium"

Estoy aquí cohibida y temerosa. Siento la timidez del palurdo a quien se hiciera sitio en un ágape de señores. Me deslumbra el prestigio de los blasones que decoran los sitiales. A mi vista luce, en campo de gules, el águila explayada de Rafael López, príncipe de la lírica moderna. En cuarteles sable y púrpura tiemblan quiméricas flámulas de oro de Ramón López Velarde, gran duque del tropo sutil y conceptuoso. Sobre fondo sinople el cisne agonizante y el buho triunfador de Enrique González Martínez, Alteza de la idea profunda. El esplendente esmalte azur flordelisado de plata de Xavier Sorondo, delfín del giro aristocrático.

Yo no tengo distintivo heráldico, ni empresas, ni divisa...

Está vacío el marco de mi sitial. No alego derechos de estirpe.

Tampoco merezco timbres de victoria. Nada he hecho.

Aquí está el guerrero cuya tizona hizo conquistas definitivas en la tierra santa de la literatura. El sacerdote que ha oficiado de ritual en el culto solemne del ensueño, y ciñe la mitra arzobispal y enjoya su falange con la amatista hierática. También el trovador glorioso en los grandes torneos líricos. El alquimista que transmutó el fragmento de greda de la idea torpe, en el grano de oro de la metáfora luminosa. El buzo que arrancó del misterio de la ola verdemar las perlas aljofaradas de la retórica. El orfebre que cincelara maravillosamente el metal áureo del verbo...

Yo no tengo méritos de esfuerzo. Nada hice. La conciencia de mi anemia psíquica me desalentó para el intento.

Mientras estos se fatigaban día y noche, yo permanecí inmóvil, en indolente éxtasis: las manos cruzadas sobre la rodilla, el oído atento al rumor pasajero: el rehilo de la hojarasca, el hálito del polluelo, el palpitar de la onda... Los ojos absortos en la línea fugaz: el isósceles trémulo del ala tendida en el espacio, el perfil encendido del pétalo, la arista de la torre burilada por el diamante de la luna....

Nada hice. Nada merezco. Nada poseo.

Pero es que esta bóveda cobija un templo y al

templo van los que calzan coturno o sandalia, los que visten clámide de seda o sayal de estameña.

Va a cantarse el Ofertorio a una memoria. Puedo traer mi ofrenda.

Irán primero los oros rutilantes, las balsameras encantadas, los inciensos consagrados. Después, cuando el cortejo parta y los pábilos se desmayen humeantes en la sombra, dejaré mis rosas, húmedas rosas fragantes de fe y amor: amor y fe, nada más tiene mi estro desheredado.

AMADO NERVO es uno de los penates de mi *lararium*. Por extraña alucinación me parece, a las veces, que su verbo clarífico no me viene del exterior: resuena dentro de mí por milagro de acústica espiritual. En más de una ocasión he templado las rebeldías de mi soberbia en la frescura de su mansedumbre. Porque ese "monje del arte", tenía la clave de las resignaciones. supremas y de las supremas humildades. Sus palabras de anhelo y renunciación orean mi espíritu, lo despojan de resquemores torturantes, funden su orgullo punzador en dulce beatitud, destrenzan el nudo de angustiosa desconfianza que ahoga mi garganta y hacen correr el llanto que alivia y purifica.

En ceguedad de duda he visto filar la estrella de su fe. En silencio de rencor huraño he oído el acorde de su amor:

"Ama y aguarda, la creación entera
amando radia y aguardando enflora;
mira el nido y la rosa en la pradera:
todos los nidos te dirán: ¡espera!
todas las rosas te dirán: ¡adora!

He sentido a través de su sueño condensarse el incoherente sueño mío, en el molde de su aspiración cristalizarse la vaguedad de mi deseo y alguna vez, en momentos de congoja infinita, he confundido la frase mística de la oración con su frase sutil y expresadora, y he orado con sus palabras divinas, he hecho mío el ruego que clama la anulación de toda vana ansiedad:

"Qué me libres, oh Arcano, del demonio consciente,
que a fundirse contigo se reduzca mi afán,
y el perfume de mi alma suba a tí mudamente...
Sea yo como el árbol y la espiga y la fuente
que se dan en silencio... ¡sin saber que se dan!"

Por eso es que, mientras los asistentes, matriculados en la áurea cofradía del Verbo Elegante, cantan sus epicedios grandiosos, yo que-

damente, sin tesoro lírico, sin riqueza retórica, sin gallardía de idea, ni lujo de palabra propia, elevo al genio celebrado, como mejor plegaria, su verso mismo, su alta e intensa imprecación:

"Soy una chispa: ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro: enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: enséñame a ser río!
Soy un harapo: enséñame a ser gala!
Soy una pluma: enséñame a ser ala
y que Dios te bendiga, Padre mío!"

María LUISA.

Palabras de Zorilla de San Martín

"El Ateneo de Montevideo, que hace algunos días me confió su palabra para que diera la bienvenida al poeta mejicano en el salón lleno de aplausos, ha creído que soy yo también quien debe darle en su nombre la despedida. Me parece, señores, que veo apagarse como en un sueño, una tras otra, sopladas repentinamente por una ráfaga, aquellas luces de la fiesta y quedar una sola como la lámpara de una ermita, en el salón lleno de silencios y de sombra.... Es esa la lámpara del recuerdo sacro, que no apagan las ráfagas, la que se pone en mis manos, para que la cuelgue en el arco de la cripta en que va a quedar mi hermano muerto. ¡Mi hermano! ¡Nuestro hermano, señores! Yo sé que lo era de todos y de cada uno de vosotros, los que seguís contristados el camino de sus despojos. Y yo sé del misterio de esas lágrimas, que, sin daros cuenta de cómo ni por qué,

habéis sentido filtrar en vuestros corazones, porque Amado Nervo, el buen poeta, se murió..."

El orador explica luego el misterio de las atracciones de las almas en torno de un núcleo vibratorio, que como los astros en torno de una nebulosa espiral, giran concentrados por el corazón armonioso del poeta. Presenta a Amado Nervo como el poeta bueno, como la criatura benéfica, que vincula por la fe, por la esperanza, por la resignación, por el amor, a todas las otras criaturas capaces de percibir las bellezas del perdón.

Y cita estos versos del poeta:

"Dios os bendiga a todos—los que me hicísteis bien.—Dios os bendiga a todos—los que me hicísteis mal—y que a vosotros—los que me hicísteis mal—Dios os bendiga más—y mejor que los que bien me hicieron"...

Si bien he invocado la representación del Ateneo, centro de cultura intelectual, estoy creyendo oir otras voces que me piden su representación: son las voces de los que más quisieron, acaso, y más acaso lloran a Nervo, el poeta bueno, el amable y melodioso amigo: son los niños que aprendieron su nombre de sus madres, de sus

hermanas; son éstas sobre todo, las mujeres, las hermanas y las madres, que son alma de los hogares. Las unas aprendieron de memoria sus transparentes versos de amor; las otras sintieron sus propias resignaciones y sus propias esperanzas subir al cielo, como oraciones, en las estrofas del poeta.....

El doctor Zorrilla de San Martín recuerda que también tiene la representación de la Asociación Patriótica del Uruguay, y ve aparecer con este motivo, junto al féretro del poeta, otra entidad majestuosa: la Patria. Señala sobre el féretro las dos banderas que lo cubren abrazadas: la mejicana y la uruguaya. Y agrega: "Otras también quisieron estar con ellas: son todas las ibero-americanas", y aquí las nombra una por una con expresión ardiente y conmovida.

Todas parecen venir por el aire, como bandada de pájaros multicolores a incorporarse llorosas a este funeral de la familia. Pero entre todas, reclama su puesto, el primero, porque es suyo, el símbolo de la madre común: de la venerable España.

"Podemos llamarnos hermanos y llorar el mismo llanto; es ella la que nos ha dado nuestra len-

gua común; la que colgó en nuestros corazones este divino instrumento de la lengua castellana, que es la inmortal materia de que Nervo formó sus ritmas maravillosas."

Recuerda el doctor Zorrilla que en las exequias de los genios musicales, se hacen sonar como oraciones sus grandes sinfonías, y termina con estas estrofas de Amado Nervo: "Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo—Todo trémulo; mi alma de pavor llena está.—Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo,—Mientras yo, de rodillas, oro, espero y me callo—Para oir la palabra que el abismo dirá." Está, pues, callado... callado para siempre.... escuchando la Palabra....

Que ella sea, para él, eterna serenidad... eterna recompensa... eterna paz!"

La Hora que Pasa

Desde el viernes en que se supo la noticia de la muerte de Amado Nervo, tengo algunos crespones y paños morados en mi recuerdo y me irgo en actitud rebelde ante la crueldad de la muerte que se lo llevó. ¡Qué lástima que la vida no sea inmortal para algunos hombres! Esas vidas preciosas que de cuando en cuando pasan por el mundo, deberían estar constituídas con la naturaleza divina de los dioses y no sujetas a los trances fatales, como las flores, como la juventud, como la alegría.

Yo arrojo mi digno y varonil sollozo al viento que va hacia Montevideo y en donde está inerme el bello cadáver, y algo de mi vibración llegará a la estancia mortuoria y se mezclará al temblor de los cirios que agitan sus flores amarillas, decorando el sagrario de donde se apartó aquella alma destinada al infinito.

La muerte de Amado Nervo pertenece a ese gran ciclo de tragedia en que han estado encerrados casi todos los artistas mexicanos, y que es el de morir jóvenes antes de dar el último fruto

y la última flor. Manuel Gutiérrez Nájera, Julio Ruelas, Saturnino Herrán y otros muchos del cortejo fúnebre que parece que perpetúan la raza de los Atridas, son grandes bajorelieves que están a la entrada del templo de la muerte. Ellos deberían haber cumplido la misión a que estaban destinados, dejando para el mundo la huella de las obras trascendentales, y la muerte, ese gran murciélago que se abate sobre nuestra Nación, no los ha dejado. De repente han visto a la mitad del camino la mueca trágica del esqueleto odioso que los entrega a la tierra; no han tenido tiempo ellos, ni de levantar los brazos de árbol angustioso para pedir permiso al cielo de seguir viviendo y caen en flor cuando todavía no han llegado a ser fruto ni semilla.

Nervo tal vez dejó eso; pero no fué lo último. Todas las cualidades de su gran alma, toda la preparación de su maravillosa naturaleza destinada a realizar una gran obra espiritual de belleza le auguraban larga vida de producción y renovación intelectual.

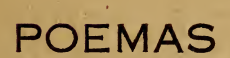
Su muerte ha sido una gran pérdida no sólo para toda la América, sino para España; porque con él desapareció uno de los maravillosos intérpretes de la lengua española y un enorme representante de la raza a la que amaba con una delicadeza infinita.

Para el mundo es también una gran pérdida moral; porque él era bueno, con toda la ética y estética cristiana. ¿Sería Nervo el último hombre bueno? Tal vez; pero con seguridad fué uno de los últimos apóstoles. Desde la aparición de sus primeros versos se reveló aquel corazón ferviente y apostólico que dejó sobre las almas mexicanas un gran bálsamo de caridad, resignación y consuelo. Se había trazado un vasto plan de amor bueno para cruzar su jardín de la vida y lo cumplió, a la manera como la tarde se entrega a la noche después de haber iluminado la naturaleza con apoteosis de esplendidez.

La última vez que le vi, en el domingo que precedió a su partida, le hallé, dentro de su serenidad, con algo de inquietud por el temor de no volver a mirar tal vez a su patria. El llevaba dos heridas morales terribles en el alma, que quizás fueron las que le asesinaron, y su melancólica resignación en esos días era la de Jesucristo en el Huerto de los Olivos.

Vaya el poeta al reino de Dios que tanto amó, y sea recibido en los brazos del Padre que está en los cielos, y nosotros nos quedaremos en expectación y tristeza como cuando Cristo se elevó de la tierra.

Jesús VILLALPANDO.



POEMAS

Poema Caligráfico

Tú escribes y yo pienso
y tus caligrafías me dan raros
pensamientos:
Tus *ies* tienen risa
y tus *equis* se enroscan como garfios
o fingen un connubio de culebras
o la cruz chueca y negra de un penado.
Mientras las epicúreas *pes* ostentan
sus panzas de sochantres y los trazos
de las *eses* flexibles se dirían
liras rotas, tus *bes* son senos blandos,
blandos senos de nubia,
para bien reposar...
Hache sus santos
lineamientos recuerdan la fachada
de Notre-Dame, y son por un arcano,
el pórtico del nombre
de Hugo, victor viviente de milagro.

Como juega tu pluma con las *oes*:
se antoja que es el pico de algún pájaro
que cata pomas en sazón. Qué finos
son los arcos
de tus *emes*, extrañas galerías
para una I coronada de Imperátor.

...Escribe, escribe!
Traza estas tres centellas: *yo te amo!*
y subráyalas luego con un beso...
Oh! ¡las caligrafías de tus labios!

La Hermana Agua

(DE LOS POEMAS PANTEISTAS).

Hermana Agua, alabemos al Señor.
(*Espíritu de San Francisco de Asís*).

A quien va a leer

Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta, un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta a mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros.

El alma del Agua me ha hablado en la sombra, el alma santa del Agua, y yo la he oído con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino*: *esta es la ley y los profetas;* y tales páginas han formado un poema.

Yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer

que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Aqua,* y este será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.

El agua que corre bajo la tierra

Yo canto al Cielo porque mis linfas ignoradas
Hacen que fructifiquen las savias; las llanadas,
Los sotos y las lomas por mí tienen frescura.
Nadie me mira, nadie; mas mi corriente obscura
Se regocija luego que llega primavera,
Porque si dentro hay sombras hay muchos tallos fuera.

Los gérmenes conocén mi beso cuando anidan
Bajo la tierra, y luego que son flores me olvidan.
Lejos de sus raíces las corolas felices
No se acuerdan del agua que regó sus raíces...
¡ Qué importa ! yo alabanzas digo a Dios con voz suave.
La flor no sabe nada, ¡ pero el Señor sí sabe !

Yo canto a Dios corriendo por mi ignoto sendero
Dichosa de antemano; porque seré venero
Ante la vara mágica de Moisés; porque un día
Vendrán las caravanas hacia la linfa mía;
Porque mis aguas dulces, mientras que la sed matan,
El rostro beatífico del sediento retratan
Sobre el fondo del cielo, que en los cristales yerra;
Porque copiando el cielo lo traslado a la tierra,
Y así el creyente triste que en él su dicha fragua,
Bebe, al beberme, el cielo que palpita en mi agua,
Y como en ese cielo brillan estrellas bellas,
El hombre que me bebe comulga con estrellas.

Yo alabo al Señor bueno, porque con la infinita
Pedrería que encuentro de fuegos policromos,
Forjo en las misteriosas grutas la estalactita,
Pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos;
Porque en ocultos senos de la caverna umbría
Doy de beber al monstruo que tiene miedo al día,
¡Qué importa que mi vida bajo la tierra acabe!
Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!
Así me dijo el Agua que discurre por los
Antros, y yo:—Agua hermana, bendigamos a Dios.

El agua que corre sobre la tierra

Yo alabo al cielo porque me brindó en sus amores
Para mi fondo gemas, para mi margen flores;
Porque cuando la roca me muerde y me maltrata,
Hay en mi sangre (espuma) filigranas de plata;
Porque cuando al abismo ruedo en un cataclismo,
Adorno de arco-iris triunfales el abismo,
Y el rocío que salta de mis espumas blancas
Riega las florecitas que esmaltan las barrancas;
Porque a través del cauce llevando mi caudal,
Soy un camino que anda, como dijo Pascal;
Porque en mi gran llanura donde la brisa vuela,
Deslízanse los élitros nevados de la vela;
Porque en mi azul espalda, que la quilla acuchilla,
Mezco, aduermo y soporto la audacia de la quilla,
Mientras que no conturba mis ondas el Dios fuerte,
A fin de que originen catástrofes de muerte,
Y la onda que arrulla sea onda que hiere...
¡Quién sabe los designios de Dios que así lo quiere!

Yo alabo al cielo porque en mi vida errabunda
Soy Niágara que truena, soy Nilo que fecunda,

Maelstroom de remolino fatal, o golfo amigo;
Porque mar di la vida, y diluvio el castigo.

Docilidad inmensa tengo para mi dueño:
El me dice: "Anda", y ando; "Despéñate", y despeño
Mis aguas en la sima de roca, que da espanto;
Y canto cuando corro y al despeñarme canto,
Y cantando mi linfa, tormentas o iris fragua,
Fiel al Señor...
—Loemos a Dios, hermana Agua.

La nieve

Yo soy la movediza perenne; nunca dura
En mí una forma; pronto mi sér se transfigura
Y ya entre guijas de ónix cantando peregrino,
Ya en témpanos helados, detengo mi camino,
Ya vuelo por los aires trocándome en vapores.
Ya soy iris en polvo de todos los colores
O rocío que asciende, o aguacero que llueve...
Mas Dios también me ha dado la albura de la nieve,
La albura de la nieve enigmática y fría
Que cae de los cielos como una eucaristía,
Que por los puntiagudos techos resbala leda
Y que cuando la pisan cruje como la seda.

Cayendo silenciosa, de blanco al mundo arropo:
Subí a la altura niebla, desciendo a suelo copo;
Subí gris de los lagos que la quietud estanca,
Y bajo blanca al mundo... ¡Oh, qué bello es ser blanca!

¿Por qué soy blanca? En premio del sacrificio mío,
Porque tirito para que nadie tenga frío,

Porque mi lino todos los fríos almacena
Y Dios me torna blanca por haber sido buena!
¿Verdad que es llevadera la palma del martirio
Así? Yo caigo como los pétalos de un lirio
De lo alto, y no pudiendo cantar mi canción pura
Con murmurios de linfa, la canto con blancura.

La nitidez es ruego, la albura es himno santo,
Ser blanca es orar; siendo yo, pues, blanca oro y canto.
Ser luminosa es otro de los cantos mejores;
¿No ves que las estrellas salmodian con fulgores?

Por eso el Rey-poeta dijo en himno de amor:
"El firmamento narra la gloria del Señor."
Sé tú como la Nieve que inmaculada llueve.
Y yo clamé:—Alabemos a Dios, Hermana Nieve.

El hielo

Para cubrir los peces del fondo, que agonizan
De frío, mis piadosas ondas se cristalizan
Y yo, la inquietuela, cuyo perenne móvil
Es variar, enmudezco, me aduermo, quedo inmóvil.
¡Ah! Tú no sabes cómo padezco nostalgía
De sol, bajo esa blanca sábana siempre fría!
Tú no sabes la angustia de la ola que inmola
Sus ritmos ondulantes de mujer, su sonrisa,
Al frío, y que se vuelve—mujer de Loth—banquisa:
Ser banquisa es ser como la estatua de la ola.

Tú ignoras esa angustia: mas yo no me rebelo,
Y ansiosa de que en todo mi Dios sea loado,

Desprendo radiaciones al bloque de mi hielo,
Y en vez de azul oleaje soy témpano azulado.

Mis crestas en las noches del polo son fanales,
Reflejo el rosa de las auroras boreales,
La luz convaleciente del sol, y con deleite
De Seraphita, yergo mi cristalina roca
Por donde trepan lentos los morsos y la foca,
Seguidos de lapones hambrientos de su aceite....
¿Ya ves cómo se acata la voluntad del cielo?

Y yo recé:—Loemos a Dios, hermano Hielo.

El granizo

Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo, en insensato
Redoble al campo y todos los céspedes maltrato.
¡Tin tin! ¡muy buenas tardes, mi hermana la pradera!
Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura
Tan finos y suaves como una dentadura,
Y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.
La linfa canta, el copo cruje, yo... yo repico!
Tin tin, tin tin, mi torre es la nube ideal,
¡Oye mis campanitas de límpido cristal!
La nieve es triste, el agua turbulenta, yo sin
Ventura, soy un loco de atar, tin tin, tin tin!

...Censuras? No por cierto, no merezco censuras;
Las tardes calurosas por mí tienen frescuras,
Yo lucho con el hálito rabioso del verano
Y soy bello...
—Loemos a Dios, Granizo hermano.

El vapor

El Vapor es el alma del agua, hermano mío,
Así como sonrisa del agua es el rocío,
Y el lago sus miradas y su pensar la fuente,
Sus lágrimas la lluvia, su impaciencia el torrente,
Y los ríos sus brazos, su cuerpo la llanada
Sin coto de los mares y las olas sus senos;
Su frente las neveras de los montes serenos
Y sus cabellos de oro líquido, la cascada.

Yo soy alma del agua, y el alma siempre sube:
Las trasfiguraciones de esa alma son la nube,
Su Tabor es la tarde real que la empurpura:
Como el agua fué buena su Dios la trasfigura...
Y ya es el albo copo que en el azul rïela,
Ya la zona de fuego que parece una estela
Ya el divino castillo de nácar, ya el plumaje
De un pavo hecho de piedras preciosas, ya el encaje
De un abanico inmenso, ya el cráter que fulgura...
¡Como el agua fué buena, su Dios la trasfigura!

—¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en un (templo,
Dios, siempre Dios... ¡en cambio yo nunca le contemplo!
¿Por qué si Dios existe no deja ver sus huellas,
Por qué taimadamente se esconde a nuestro anhelo,
Por qué no se halla escrito su nombre con estrellas
En medio del esmalte magnífico del cielo?

—Poeta, es que lo buscas con la ensorbebecida
Ciencia que exige pruebas y cifras al abismo...
Asómate a las fuentes obscuras de tu vida,
Y ahí verás su rostro: tu Dios está en ti mismo.
Busca el silencio y ora: tu Dios execra el grito;

Busca la sombra y oye: tu Dios habla en lo arcano;
Depón tu gran penacho de orgullo y de delito...
—Ya está.
—¿Qué ves ahora?
—La faz del infinito.
—¿Y eres feliz?
—Loemos a Dios, Vapor hermano.

La Bruma

La Bruma es el ensueño del agua que se esfuma
En leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma!
La Bruma es el ensueño del agua, y en su empeño
De inmaterializarse lo vuelve todo ensueño.

A través de su velo mirífico parece
Como que la materia brutal se desvanece:
La torre es un fantasma de vaguedad que pasma,
Todo en su blonda envuelto, se convierte en fantasma
Y el mismo hombre que cruza por su zona quïeta
Se convierte en fantasma, es decir, en silueta.

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
En leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma,
De la Bruma que sueña con la aurora lejana!
Y yo dije:—¡Ensalcemos a Dios, oh Bruma hermana!

Las voces del agua

Mi gota busca entrañas de roca y las perfora.
—En mí flota el aceite que en los santuarios vela.
—Por mí raya el milagro de la locomotora
La pauta de los rieles.—Yo pinto la acuarela.
—Mi bruma y tus recuerdos son por extraño modo
Gemelos; no ves cómo lo divinizan todo?

—Yo presto vibraciones de flautas prodigiosas
A los vasos de vidrio.—Soy triaca y enfermera
En las modernas clínicas.—Y yo, sobre las rosas,
Turiferario santo del alba en primavera.
—Soy pródiga de fuerza motriz en mi caída.
—Yo escarcho los ramajes.—Yo en tiempos muy remotos
Dí un canto a las sirenas.—Yo, cuando estoy dormida,
Sueño sueños azules y esos sueños son lotos.
—Poeta que por gracia del cielo nos conoces,
¿No cantas con nosotros?
—Sí canto, hermanas Voces.

El agua multiforme

El agua toma siempre la forma de los vasos
Que la contienen," dicen las ciencias que mis pasos
Atisban y pretenden analizarme en vano:
Yo soy la resignada por excelencia, hermano.
¿No ves que a cada instante mi forma se aniquila?
Hoy soy torrente inquieto y ayer fuí agua tranquila;
Hoy soy en vaso esférico redonda; ayer apenas
Me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,
Y así pitagorizo mi sér hora tras hora:
Hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
Todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe;
¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!

¡Por qué tú te rebelas! ¡por qué tu ánimo agitas!
¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas
De plegarse a los fines del Señor que nos rige!
¿Qué quieres? ¿por qué sufres? ¿qué sueñas? ¿qué te (aflige?
¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto
Aparecen...... en cambio yo canto, canto, canto!

Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota;
Canto cuando soy linfa; canto cuando soy gota,
Y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
Murmuro:—¡Que se cumpla la santa ley de Dios!
¡Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
Sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
Sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
Sé como el agua, dócil a la ley infinita,
Que reza en las iglesias en donde está bendita,
Y en el estanque arrulla meciendo la piragua.
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien, sé como el agua;
Viste cantando el traje de que el Señor te viste,
Y no estés triste nunca, que es pecado estar triste,
Deja que en tí se cumplan los fines de la vida;
Sé declive, no roca; transfórmate y anida
Donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
Murmura: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!
Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
De bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
Si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
Si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
Tendrán filetes de ámbar tus ondas si laguna
Eres y si océano, te plateará la luna,
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
Y una crencha de arco-iris en flor si eres cascada.

Así me dijo el Agua con místico reproche,
Y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
Sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
Clamé con el Apóstol: —*¡Señor, qué quieres que haga!*

París, enero de 1901.

"Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent"

¡Qué niebla tan discreta! ¡qué paz tan oportuna!
Yo soy la sola sombra que vaga por la acera
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

Con una noble virgen de algún país sombrío,
en cuyos senos, domos de santidad, nevados
por todas las purezas, durmieran ¡ay! su hastío
mis treinta años cual treinta romeros fatigados....

El gris y el sepia alternan en todas las consuntas
y escuetas ramazones en donde el cierzo brega
y se oyen dondequiera fru-frus de hojas difuntas
que fingen *las pisadas de una mujer que llega.*

Es lívido el paisaje y el cielo sucio; en su ancha
concavidad ni un oro, ni un nácar, ni un reflejo
denuncian a la luna que surge como mancha
de aceite en un inmenso papel de calca viejo.

Los ábregos modulan su lastimera nota,
los altos edificios parece que dormitan;
allá, lejos, muy lejos, la gran ciudad borbota
y aquí, en redor, gimiendo, los árboles tiritan.

Quebrando la hojarasca que el veinto cruel arranca,
se acerca una hermanita que marcha distraída:
con sus azules ropas y su corneta blanca,
semeja una plegaria que cruza por la vida.

¡Qué dulces son sus ojos! ¡qué castas sus liliales
y luminosas manos! ¡qué nívea su corneta!
¡y cómo se armonizan con esas otoñales
tristezas los contornos de azur de su silueta!

Te miro y me contemplas, oh hermana que padeces
por otros, oh custodio de ajenas agonías!
¿Qué somos en el mundo tú y yo? Dos palideces:
Tú tienes tus enfermos y yo mis nostalgías....

Tú vas melificando las penas con divinas
piedades, flotas como la palma en los matirios;
¡oh pobre santa, tú eres el *lilium inter spinas*
y yo...... yo soy acaso *la espina entre los lirios!*

Las savias tienen tisis, los vientos tienen asma;
ya no hay brisas que canten ni pájaros que troven,
apenas si en las sombras algún piano fantasma
desgrana una inefable sonata de Beethoven.

Comienzan las veladas en rededor de una
lumbre cordial, en tanto que el cierzo tose afuera
y yo me alejo al claro grasiento de la luna,
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO

Viejo Estribillo

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna......

¿Quién gritando mi nombre, la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento.....

¿Dí, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?
—Son las nubes que pasan,
mira bien, son las nubes.....

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo......
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
es la imagen del cielo....

¡Oh, Señor! ¡La Belleza sólo es, pues, espejismo!
Nada más Tú eres cierto, sé Tú mi último Dueño.
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
un poquito de ensueño.....

Evocación

Yo la llamé del hondo misterio del pasado,
donde es sombra entre sombras, vestiglo entre vestiglos,
fantasma entre fantasmas....
Y vino a mi llamado,
desparramando razas y atropellando siglos.

Atónitas, las leyes del tiempo la ceñían,
el alma de las tumbas, con fúnebre alarido,
gritábale: ¡detente!—Las épocas asían,
con garfios invisibles, su brial descolorido.

Mas, ¡todo inútil! Suelta la roja cabellera,
la roja cabellera que olía a eternidad,
aquella reina extraña, vestida de quimera,
corría desalada tras de mi voluntad.

Cuando llegó a mi lado, le dije de esta suerte:
—¿Recuerdas tu promesa del año mil?
—Advierte
que soy tan sólo sombra......
—Lo sé.
—Que estaba loca...
—¡Me prometiste un beso!
—Lo congeló la muerte!
—¡Las reinas no perjuran!.....
Y me besó en la boca.

En Bohemia

Gitana, flor de Praga, diez *kreutzers* si me besas.
En tanto que a tu osesno fatiga el tamboril,
que esgrimen los *kangiares* las manos juglaresas
y lloran guzla y flauta, tus labios dame, fresas
de Abril.

Apéate del asno gentil que encascabelas:
Los niños atezados que tocan churumbelas,
harán al beso coro con risas de cristal.
Por Dios, deja tu rueca de cobre y a mi apremio
responde. Si nos mira tu zíngaro bohemio,
no temas. ¡En Dalmacia forjaron mi puñal!

Y el Budha de basalto sonreía...

Aquella tarde en la Alameda, loca
de amor la dulce idolatrada mía,
me ofreció los claveles de su boca.
Y el Budha de basalto sonreía......

Otra vino después y sus hechizos
me robó..... La dí cita y en la umbría
nos trocamos epístolas y rizos.
Y el Budha de basalto sonreía.....

Hoy hace un año del amor perdido;
al sitio vuelvo, y como estoy rendido

tras largo caminar, trepo a lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa;
derrotado y sangriento muere el día,
y en los brazos del Budha de basalto
me sorprende la luna misteriosa.
Y el Budha de basalto sonreía.....

Roma

Roma es ayer, Francia es hoy, América es mañana.

Roma es el pasado, Francia es el presente, América es el porvenir.

Roma creó y murió, Francia crea y muere, Estados Unidos crean y morirán.

Roma es la manzana del Mar Muerto, Francia es la manzana del Paraíso, Estados Unidos son la manzana de las Hespérides: hay que correr para cogerla.

Esta es la ley.

Se es Dios, se es semidiós, se es hombre, se es gusano: el gusano que se come a los muertos. Roma está más muerta que Lázaro: Ya hiede. Para ella no hay resurrección; tiene demasiadas piezas el coloso para reintegrarlo. ¡Quién hubiera reconstruído aquella estatua colosal que esculpie-

ron los cinceles del sueño de Daniel! Pies de arcilla y cuerpo de metales inmensos! ¡Nulla est redemptio!

—Aquí, os dicen, mostrándoos unos mogotes de ladrillo empenachados de hierba, fué la casa de Nerón. Mirad este fresco: Apolo con las nueve hermanas (y el fresco ya no existe). Ved esta fuente, en medio de ella estaba el grupo de Laoconte que ahora está en el Vaticano (y la fuente ya dilapidó hace siglos el tesoro de su agua). Ahí yace Séneca... (Y Séneca ya no yace sino en la sabiduría de sus libros eternos). En este sitio, al alado Jesús dijo el San Pedro tránsfuga: ¿Quo Vadis, Domine? (Y una capilla miserable señala un sitio problemático). En aquel reborde del camino duerme Cecilia Metella. (Y los ojos ven un circo mural, desvestido ya de mármoles, mostrando la leprosa impudicia del ladrillo... ánfora vacía de alma y de ensueño. "Señor, mire el foro de Trajano: el más bello de los foros de Roma: *Forum Imperatorum*". (Y el ojo avaro y nostálgico, no ve más que bases de columnas monolíticas, de granito gris, desportilladas y que hacen gestos al cielo insolentemente azul de Italia...) ¡Oh! cadáveres, si existís en el recuerdo, ¡a qué existir para la ignominia! ¡Por qué han removido la capa de tierra misericordiosa que amparaba vuestras vértebras deshe-

chas! ¡Por qué han permitido a la vanidad iconoclasta (iconoclasta en el sentido verdadero) de los pontífices máximos adornar la cima de la columna trajana con un mediano bronce de San Pedro (del que negó tres veces a Jesús), embarazado con el peso de las herrumbrosas llaves del herrumbroso reino de los cielos!

Y luego la avaricia irrespetuosa de los guías, que lucran con las momias de los dioses y de los santos de los primeros siglos del cristianismo, y la indiferencia injuriosa de los frailes de las catacumbas, que dejan podrir sus muertos al sol y ruborizan el cadáver de Santa Cecilia, mostrándonos en una reproducción del mismo los tres collares sangrientos que el verdugo señaló en su cuello de Paloma. (Y cómo hubo un césar divino, capaz de adornar de tan cruenta manera el cuello de una virgen tan hermosa! El Areópago que absolvió a Orestes, la hubiera perdonado el delito de ser cristiana).

Roma es ayer... ¡que duerma, que duerma!

El Papa tiene frío

Son las tres y media de la tarde cuando entramos a San Pedro. La nave central está limitada, en toda su extensión, por inmensos bastidores

de madera, que forman una angosta vía. A uno y otro lado, se agrupan gentes de todos los climas. Son filas raquíticas al parecer; mas después sé que aquellos cuantos espectadores ascienden a *treinta y dos mil,* y aunque no lo supiera, diríamelo la plaza de San Pedro, invadida durante una hora, cuando menos, por la multitud que desocupaba la Basílica.

Una hora de espera durante la cual se oyen voces de impaciencia en todos los idiomas, y por fin un grito unánime, sonoroso, que retiembla en las gigantescas naves como una tormenta enjaulada.

—Viva il Papa-Re!

Mis ojos y mis oídos se tienden como la cuerda que va a disparar la saeta.

Por la estrecha vía despejada, avanza una silla de oro soportada por doce hombres. En esa silla va sentado un viejecito vestido de blanco: es León XIII, pontífice máximo.

A quién compararlo!
A qué compararlo!

Pido a quien lea que no juzgue exagerado o fantástico este símil, porque este símil es la verdad: parece como si en esa silla de oro fuese el esqueleto de una tortolita friolenta.

La primera idea que me viene a las mientes es esta: El Papa tiene frío.

Los chorros cristalinos de las dos fuentes que desmenuzan sus diamantes en la plaza de San Pedro, están casi helados: El Papa tiene frío.

Desde anoche, con una muda y misteriosa tenacidad, la *sorella* nieve cae sobre las calles y los tejados de Roma: El Papa tiene frío.

Las damas oficiales, muchas inglesas vestidas con la rigidez con que se vestiría un palo de escoba, y muchas patricias italianas que parecen llevar en sus venas el veneno sabio de los Borgias, tiritan bajo sus mantillas de blonda: El Papa tiene frío!

Los romanos están asustados: hace muchos años que la eterna nieve no caía sobre la ciudad eterna: El Papa tiene frío.

Cristiandad, no ves que ese ancianito que parece una momia vestida de blanco tiene agarrotadas las luengas manos cristalinas cuyas extremidades surgen de la malla de seda de su mitón?

Orbe católico que vienes a pedir la bendición de León XIII, Pontífice y poeta: no adviertes que el Papa tiene frío?

En dónde estais, braseros del Sinaí, llamas que devorábais a los pecadores de Israel; espada de fuego del querubín custodio del Paraíso, columna de llamas; guía del pueblo de Dios en el De-

sierto; pira del Sacrificio de Abraham, parrilla encendida al rojo blanco de San Lorenzo; fuego de caridad que llameaba en la casa en que San Francisco y Santa Clara departían de las cosas de Dios; remate de la ígnea lanza de oro con que Santa Teresa se sentía herida en el pecho por un ángel; ardores de la Inquisición fomentada por el fraile blanco y negro que se llamó Santo Domingo de Guzmán... En dónde estais, lumbres de la transfiguración, lumbres del Oreb, breas de las ciudades nefandas... betunes de Gomorra y Sodoma? El Papa tiene frío!!

Y aquella silla que se parece a la de Radamés en el acto capital de Aída, avanza lenta, lenta, lentamente, entre la media luz de las medias luces que en vano pretenden aclarar esa sombra de mármoles, de jaspes, y de oro viejo de San Pedro.

—Viva il Papa-Re!

Una monjita que está cerca de mí, tan cerca que las palpitaciones de su crucifijo de bronce sobre su pecho resuenan en el mío, suspira, llora, está a punto de desvanecerse de emoción. Yo me acuerdo, aun en instantes tan solemnes, de que *homo sum* y le tiendo mi brazo místicamente para que se apoye.

Y el viejecito de cuerpo de esqueleto de tórtola friolento, avanza. Es pequeñito, casi se abisma en la gran silla, una nevada sombra de cabellos blancos le cubre la nuca bajo el blanco solideo; su perfil colombino surge imperiosamente; su nariz se encorva como la de un César nonagenario. Sus ojos se adivinan como dos chispas de sol en la negrura de una ruina umbría. Es lívido, con la lividez de un cirio de cien años; es casi amarillo, como un panal secular. Un soplo lo desquebrajaría, y sin embargo, treinta y dos mil voces atruenan las naves y pugnan por romper la amplitud de la cúpula, y el nonagenario, hecho de maravilla y de ancianidad patriarcal, no desmaya. Antes bien, con un esfuerzo cuyo gesto quedará eternamente grabado en mi memoria, y apoyándose en el siniestro brazo de la silla, enderézase a medias y bendice aquel enjambre de almas de todos los rincones del planeta, con un gesto torpe, penoso, vacilante, fantasmagórico... Os digo que el Papa tiene frío!!

Con la parsimonia con que se conduce un féretro, llévanlo al Altar mayor, entre el coro bíblico de eunucos, seguido del Sacro Colegio, de caballeros encollarados con todas las órdenes, de suizos vestidos de rojo y negro con grandes hachas de armas, eslabonados por oficialillos afe-

minados y elegantes que sonríen mundanamente bajo sus bigotes retorcidos *à la pommade hongroise.* Depositanlo como a un dios asirio cerca del altar, y comienzan las letanías litúrgicas: León XIII va a dar la bendición que clausura el Año Santo.

Surgen las antífonas y él canta, canta, sí! El esqueleto salmodía! y su voz se oye como un acento que viene de muy lejos, a través de veinte siglos.

Dios mío, y aquellas manos agarrotadas a las que abrigaban unos mitones de seda blanca, tenían aún el poder de levantar en lo alto tu custodia rutilante! Y tú, Señor, Dios de los Ejércitos, que en tu índice sostienes al mundo, no pesabas más que una hostia de harina en los dedos temblorosos del anciano!

Firmemente, seguramente, inflexiblemente, aquel viejecito, que había cantado, levantó la coruscante custodia y *tres veces*, con la pausa de un Dios, bendijo a la muchedumbre....

—Viva il Papa-Re!

Y tornando a la silla gestatoria, el viejecito que parece un esqueleto de tórtola friolento, repasa la nave.

Albean su solideo blanco, su sotana blanca y sus mitones blancos entre los cuales lanza su llama litúrgica la esmeralda, y su estola roja cae cruzada sobre el pecho, como dos llamas en connubio, y sus dedos diáfanos bendicen: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.


MISTICAS

A Kempis

Sicut nubes, quasi naves,
velut umbra.......

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis! antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa *como las naves,*
como las nubes, como las sombras......

Huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra......

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo ,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste!

Delicta Carnis

Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
carne tibia y rosada que me impeles al vicio:
ya rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos, y es en vano, ¡te anhelo
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Crucifico mi cuerpo con sagrados enojos
y se abraza a mis plantas Afrodita la impura;
me sumerjo en la nieve; mas la templan sus ojos;
me revuelco en un tálamo de punzantes abrojos
y sus labios lo truecan en deleite y ventura.

Y no encuentro esperanza ni refugio ni asilo
y en mis noches pobladas de febriles quimeras
me persigue la imagen de la Venus de Milo,
con sus lácteos muñones, con su rostro tranquilo.
y las combas triunfales de sus amplias caderas.

¡Oh Señor Jesucristo, guíame por los rectos
derroteros del justo; ya no turben con locas
avideces la calma de mis puros afectos
ni el caliente alabastro de los senos erectos
ni el marfil de los hombros ni el coral de las bocas!

LOS JARDINES INTERIORES

Ingenua

¡Oh! los rizos negros y los ojos nubios!
Oh, los ojos claros y los rizos rubios!

Los enormes besos en que amor es ducho.....
Besarse sin treguas y quererse mucho!

Ser grande, muy grande, ser bueno, muy bueno;
pero entre tus brazos y sobre tu seno;

Besarte la nuca, besarte los ojos
y los hombros blancos y los labios rojos.....

Oh! mis dieciocho años! Oh, mi novia ida!
Mi amor a la vida, mi amor a la vida......

La vida era dulce y el mundo era bueno;
pero entre tus brazos y sobre tu seno!

Las lunas de mayo, si se los preguntas,
te dirán que vieron *nuestras sombras juntas;*

El estero de aguas cuchicheadoras
lamió nuestra barca con lenguas sonoras,

Lamió nuestra barca con lenguas sonoras,
en aquellas horas, en aquellas horas.......

Dónde está la barca? dónde está el estero?
dónde están las lunas?..... Tú mueres, yo muero!

Oh! mis dieciocho años! Oh, mi novia ida!
mi amor a la vida...... mi amor á la vida......

Esta niña dulce y grave...

Esta niña dulce y grave
tiene un largo cuello de ave,
cuello lánguido y sutil
cuyo gálibo suave
finge prora de una nave,
de una nave de marfil.

Y hay en ella cuando inclina
la cabeza arcaíca y fina,
—que semeja peregrina
flor de oro—al saludar,
cierto ritmo de latina,
cierto porte de menina
y una gracia palatina
muy difícil de explicar.....

ALMAS QUE PASAN

Lía y Raquel

Eran dos hermanas, las dos hermanas de todos los cuentos, y, como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y a visitas, en tanto que dicen a la otra: "Tú no has de querer ir, ¿verdad?; debes estar cansada"....

La morena era una verdadera "Cenicienta", la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca a buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapín de cristal hallado en el camino...

Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir a todo el mundo perdón: perdón de atreverse a brillar; perdón del desacato de ver, como los otros (los ojos que son bellos y amados), el júbilo color de rosa de las mañanas, el oro en sazón de

los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y las flores en la landa y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos...

Sabía la fea (a la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitañosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob como premio de siete años de trabajo), sabía la fea ejecutar mil primores: era, como las antiguas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: ¡cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios "hilos de la Virgen" o con la substancia misma de la ilusión... ¡Cuántos manjares dignos de la mesa de un Emperador! y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos seres llenos de misericordia y de abnegación, que siempre ceden su parte

en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros a la eternidad.

Abundan por cierto tales seres en la familia hispano-americana: casi siempre hay en una casa una Cenicienta que da su parte a los demás y que se siente feliz por haberla dado. Almas raras que nacen atormentadas por una misteriosa sed de oblación, divinas sitibundas que jamás se sacian de sacrificio: Lía era como éstas.

Si acertaba a cocinar uno de esos manjares sabrosos y deleitables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban, porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedara, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después que todos ante Jove, cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, estaban ahí los ahorros de Lía. Si su hermana, a la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía los dedales y las tijeras, quien aca-

baba primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres, quien se dejaba robar por las criadas. Lía tenía siempre la culpa: era éste un principio establecido en la casa.

Y era Lía también quien dormía en el suelo, sobre una estera, a hurtadillas de sus padres, cuando huéspedes inesperados llegaban y faltaba un lecho. Lía era quien al alba estaba en pie, disponiéndolo todo, recorriendo la casa como una bendición, mientras que los demás holgaban entre sábanas, disfrutando de esa voluptuosa e intermitente prolongación matinal del sueño.

Pero un día aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban paso y con insistencia a su puerta, y pávida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban a su hermana, bella como un éxtasis, y a quienes Raquel correspondía con un amable y coqueto desdén "colectivo", uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido, poco a poco, alejándose de la hermosa para acercarse directamente a Lía, a la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engañarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos lados, en la zona de su vida, para ver si alguno de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, a fin de dárselo... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, muy grande, y entonces, la infeliz (como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en derredor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue, y al ver que nadie le persigue, se aleja glorioso, recatando su tesoro) echó a correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y ahí se llevó aquel amor recién nacido a los labios, con unción infinita, y púsose a besarlo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos y temores y esperanzas...

¿La amaba Carlos? ¡Oh! sí, sin duda; no hay en el mundo un ser bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y poderosa de su alma... ¡Carlos no era malo y Carlos le había dicho que la quería, así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija, ñoña y miserable! Tenía, sin embargo, un miedo cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar a su Carlos generoso:

—¡Por Dios, no lo digas; por Dios, que nadie lo sepa!—y añadía para su coleto:—¡Si supieran que poseo este tesoro y viniesen a pedírmelo... tendría que darlo!

Pero nadie lo supo, por más que magüer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era tan fácil darse cata de ello con sólo mirar los pobres ojos de Lía, aquellos pobres ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando "a grito herido", como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida...

Lo que aconteció fué diferente y monstruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia: aconteció que Raquel empezó a enamorarse de Carlos. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque Carlos era el único que se sustraía a sus encantos inefables; el único que, sin

que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje, y—¡esto es y ha sido siempre tan humano!—nació en ella como en tantas otras en casos semejantes, un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe a luchar con el arsenal de todas sus gracias, que echa mano de todos sus recursos. Empero el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconsciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron a turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada: amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis... Pero al fin fué nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esta obra habían acabado por enamorar locamente a la bella testaruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de confidencia:

—¡Hermana, hermana; yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos!

Lía sintió al oir el grito lo que el niño del símil cuando le piden el juguete que había encon-

trado, algo como un rápido y doloroso convencimiento, que podría traducirse con estas palabras o con palabras semejantes a éstas: "¡Es claro! ¿Cómo pude yo pensar que era para mí una cosa tan bella? Pues qué, ¿he tenido yo algo, alguna vez en la vida?" Pregunta esta última, formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática a la oblación, habían ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma... casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo: Lía se defendió esta vez; tuvo un impulso, ¡el único de rebelión! No tan aínas se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia:

—No—respondió Lía—; tú no estás enamorada de Carlos...

E iba a añadir: "Carlos me quiere. ¡Me lo ha confesado!"

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, besándola, mimándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras:

—Sí, lo quiero, hermanita; lo adoro; es el único hombre que he querido en mi vida, y es preciso que me ayudes, que me ayudes con papá, con

mamá, con él mismo... ¿eh? ¡Tú no sabes cuánto le quiero!

Lía se asió a la última esperanza, una esperanza débil y alirrota que pasaba:

—Pero Carlos... ¿te ha dicho algo?

No; Carlos no le había dicho nada aún. Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos era bueno en el fondo (como todos los infidentes y los tránsfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía fué porque, visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo en el número de sus probabilidades la de ser amado por ella; y luego porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia, que la compasión se vistió de cariño... Mas ahora Raquel venía hacia él desplegando todas sus gracias, "hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla"... ¿Cómo resistirla?

—Lo quiero mucho, hermanita, ayúdame...

Lía enmudeció algunos segundos... los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó a Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído:

—¡Sí, hermanita; yo te ayudaré!

Al día siguiente Carlos recibía estas breves líneas:

"Carlos: Mi hermana le quiere a usted y usted quiere a mi hermana; yo, por mi parte, había imaginado quererle; pero me engañaba; le quería sólo en nombre de Raquel y mientras ella llegaba... ¿Desea usted hacerme feliz?, pues hágala dichosa".

Esto que refiero pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para sus nietos, por quienes también empezaba a sacrificarse.

Pero en la pasada primavera una pulmonía se la llevó a la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver, observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él a macha martillo, me llevó al hueco de una ventana para decirme con cierto desdén piadoso:

—Ahí donde usted la ve, es muy posible que esa tonta de Lía esté a estas horas en el infierno...

—¿Por qué?—le pregunté sorprendido.

—¡Ah!—me respondió alisándose la barba (ademán que le es peculiar)—porque si encontró en el camino de la muerte a un pobre réprobo es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad...

EN VOZ BAJA

La bella del bosque durmiente

Decidme, noble anciana, por vuestra vida,
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?
—La princesa de que hablan en tu conseja,
soy yo!..... pero, ¿no miras? estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué..... Yo que he salvado montes y ríos
por vos!—¡Ay! caballero, ¡qué desencanto!
..... Mas no en balde por verme sufriste tanto:
Tus cabellos son blancos, ¡como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh pobre caballero...... ¡Tarde viniste!
Mas, aún puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste.....

Vieja Llave

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)

del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena......
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
..... y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó.....

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada
¿para qué te he de guardar?



INDICE